

Año XXXII.

Madrid, Jueves 31 de Octubre de 1912.

Núm. 44

La lámina de hoy

No puede ser más sencillo el episodio que representa.

Lo describe así un historiador al hablar de la traslación de los jefes, oficiales y soldados prisioneros en la acción de Herrera, desde Cantavieja á Beceite en 1837.

«En el camino murieron asesinados más de doscientos. El que se sentaba cansado, moría á bayonetazos: al que caía desfallecido, le aplastaban la cabeza con grandes piedras que descargaban los conductores. Así murió el Juez de 1.ª Instancia de Hija D. Ramón Alcalde, y así murieron muchos soldados y oficiales.

En esas marchas enfermó de muerte el coronel Alonso, fatigado de llevar en hombros á soldados que se rendían al cansancio, y que habrían perecido sin su auxilio. En esas marchas fueron apaleados los bagajeros que ofrecían su acémila ó su brazo á desgraciados moribundos.»

Pocos hechos, ninguno seguramente, me han impresionado más que éste, al revolver las historias y documentos que tratan de nuestras guerras civiles. Y eso que son muchos los grandes y nobles realizados por el Ejército español.

Un coronel, desfallecido por marchas penosas, privaciones sin número y angustias infinitas, cargando sucesivamente con alguno de los soldados que no pueden andar, para evitar que los carlistas los asesinen, es hecho tan sublimemente hermoso, que traspasa los límites del heroísmo y de la abnegación; y ese hecho, perpetuado en mármoles, como debiera estarlo ya, conmoviera, admiraría y enorgullecería á todo el que vistiese uniforme militar. Pertenecer á una clase que produce hombres de ese tamaño moral, ¡qué mayor gloria!

Mientras más miro esa lámina, más grande veo la figura del coronel Alonso.

¿Quién es el soldado que en hombros lleva? No lo sabe ni le importa. Vió que no podía andar, que iban á asesinarle, y esto le bastó para decidirse á reemplazar al padre del desventurado, que no hubiera podido hacer más por su hijo.

Y cuando el que llevaba á cuestas ponía sus fuerzas un poco, lo dejaba y cargaba con otro, y con otro luego, hasta que, agotadas del todo las suyas, cayó para no levantarse más...

Y esto, realizado donde sólo podían admirarlo sus compañeros de desgracia y los carlistas que se burlaban de él y le escarneaban, y oyendo los gemidos de los que se desplomaban rendidos en tierra, y

los tiros que los remataban, y las súplicas de los que pedían como singular favor que los asesinasen.

¡Lo repito, lo repito!... No encuentro heroicidad que supere á esa entre todas las cantadas y admiradas y premiadas, ni más digna de enorgullecer al Ejército!...

Ejército Español, Correspondencia Militar, Ejército y Armada, Diario de la Marina, y cuantos periódicos defensores del Ejército se publican en España:

¡Ah! tenéis una gloria oscurecida y olvidada que podríais enaltecer y perpetuar!...

La estatua que representara ese hecho en su sencillez grandiosa, incitaría al español que la contemplase á algo más que á descubrirse: ¡á caer de rodillas!

JOSE NAKENS

Un incidente

La Trinchera, semanario jaimista de Barcelona, publicó en su número del día 20 un artículo titulado:

“A los jaimistas madrileños

Intolerable

Lo es que escriba todavía Nakens en EL MOTÍN la sarta de mentiras forjadas á su capricho, con la intención que es de suponer.

Véase algo para muestra:

(Y copia los documentos oficiales del carlismo que reproduce en el número del 10 de Octubre referentes á la quema de trenes y estaciones, aunque no la lista de los empleados de ferrocarril fusilados y asesinados.

Y al final pone este comentario:

«Inserta también una tanda de sandeces é inmoralidades que la pluma se resiste á transcribir, y no queremos tampoco hacerlo por no ofender la decencia y moralidad y hacer sonrojar á nuestros benévolo lectores.

Brindamos lo transcrito, que no es más que un poco de lo que el inmundo y asqueroso Nakens ha escrito sobre el carlismo, á los valientes Requeté y Juventud de Madrid, para que, con los elementos que no son del caso citar, hagan ENTRAR EN RAZÓN á esa fiera, ladrón de honras y encubridor de asesinos que, desde la CALLE ALBERTO AGUILERA, N.º 52, redacta tales calumnias.

Si ellos no se bastan, díganlo, que los

de Barcelona no hemos de quedar mancos ni cojos, pues tenemos dadas pruebas suficientes de que sabemos reivindicar como se debe la memoria de nuestros padres.»

El lunes por la tarde, esto es, el mismo día que llegó *La Trinchera* á Madrid, estuvieron en esta redacción dos jóvenes de unos veinte años, que se anunciaron como presidente y secretario del requeté madrileño, manifestando que deseaban verme; les dijeron en la administración que no estaba, y quedaron en volver al día siguiente de diez á once.

Y no han vuelto.

¿Entraron al salir de aquí en el grandioso edificio de mis vecinos los jesuitas de enfrente?

No lo sé.

Arrepentimiento y propósito de enmienda

SONETO

Ya está dictada la fatal sentencia,
y en breve llevaré mi merecido...
¡Un confesor!... ¡Que venga de corrido!
Quiero limpiar de culpas mi conciencia.
¿No viene? ¡Que lo traigan! Mi insistencia
demostrará que estoy arrepentido
de haber juzgado siempre á ese partido
con injusticia, saña y virulencia.
Ese partido que en la patria historia
tiene inscripta una página de gloria,
que pasmadas envidian las naciones,
por haber en sus filas albergado
á todo lo selecto y depurado
del gremio de asesinos y ladrones.

Gracias á todos

Escribí lo anterior el jueves por la tarde, que leí *La Trinchera*; y pareciéndome que el incidente merecía la pena de ser conocido antes de la salida del número próximo, envié una prueba á *El Liberal*, *El País*, *España Nueva*, *El Radical* y *España Libre*, por si querían ocuparse de él en la forma que cada cual creyese mejor.

El País lo publicó con este comentario:

«Nuestro ilustre compañero, el único liberal, el único, que ha estado á la altura de las circunstancias y ha sabido cumplir con su deber atacando á los carlistas, respondiendo así á las criminales hazañas de San Feliú y Granollers, nos manda las cuartillas y el hermoso soneto que anteceden porque no pueden salir en EL MOTÍN hasta el miércoles próximo.

La excitación de *La Trinchera*, sobre ser una bravuconada criminal, es imperpetinente; es, además, una prueba de que Nakens tiene razón. De no tenerla no se buscaría, inútilmente, claro es, el medio de ahogar violentamente la austera voz del gran escritor, porque los jaimistas tienen periodistas y periódicos para contrarrestar la campaña de D. José Nakens.»

El Radical dió la noticia, comentándola así:

«Se lee esta excitación al asesinato, y no se puede creer. No comprenden esos descauchados jaimistas que su conducta es el mejor argumento en favor de la campaña que Nakens realiza. Solamente á hombres que viven en la edad de piedra, por su espíritu, se les ocurre la idea de hacer callar, por la violencia, á un anciano honrado. La campaña de Nakens, que en estas columnas hemos elogiado recientemente con fusión, es una campaña de moralidad pública. Con la pluma serena de un historiador concienzudo, sin dejarse llevar por apasionamientos de bandería, va relatando la vida de la secta carlista, y cómo será ella de horrible, que los mismos mantenedores actuales de ese criterio la llaman inmoralidad y ataque á la decencia.

Á las razones se debe contestar con razones; nunca fué el atropello un argumento. Puede disculparse que los jóvenes, en un momento de indignación irreflexiva, cometan un abuso; lo intolerable es que la comisión de ese abuso se ordene a sangre fría desde las columnas de un periódico. ¿Qué fe en su estado de civilización vamos á tener los que presenciámos estos actos reprobables? Las palabras de *La Trinchera* explican los asesinatos alevosos cometidos en San Felíu y en Granollers por las juventudes jaimistas.

Para estas gentes, la vida humana no merece ningún respeto. Lo mismo aconsejan á sus fanáticos que se asesine que si aconsejaran que se fuera á misa. Este fanatismo toca ya en los linderos de la locura, y á los locos se les debe recluir y sujetar con una camisa de fuerza. Es intolerable que se tolere excitar al asesinato públicamente. A nosotros nos parece, además, repugnante, y nos obliga á considerar á los autores como á subhombres sin células piramidales en el cerebro.

Sabemos que el presidente y el secretario de la juventud jaimista de Madrid, atentos al plan que les ha trazado *La Trinchera*, han estado en casa de don José Nakens en ocasión en que el maestro no estaba. Por si volvieran de nuevo, le recomendamos á nuestro amigo queridísimo que se los reciba con un trabuco cargado, por si tuviera necesidad de defenderse de un ataque imprevisto.

A tal extremo ha llegado el instinto salvaje de estos señores, que todo se puede esperar de ellos menos un comportamiento caballeroso y digno. Y no hay que olvidar que hombre prevenido vale por dos, y que entre fieras salvajes no se

puede estar impunemente con las manos metidas en los bolsillos.»

España Nueva le puso esta cabeza:

«Los jaimistas han pretendido atemorizar á Nakens con una amenaza de muerte. Lanzada desde el periódico catalán *La Trinchera*, y el ilustre patricio, lejos de indignarse y de perder la calma, les contesta en un arrogante soneto, que ciertamente no se merecen, pues es, como dice el refrán, «echar margaritas á puercos».

He aquí la grosera amenaza y la elegante réplica.»

(Aquí el Incidente.)

El Liberal lo reprodujo también, copiando la cabeza de *España Nueva*.

La Juventud Radical de Logroño me ha enviado este telegrama:

«Indignados lectura *Trinchera*, protestamos enérgicamente contra excitación al atentado personal. Si carlistas Barcelona no son mancebos, tampoco radicales españoles, respondiéndolos de su preciosa vida la de todos ellos.—*Juventud Radical*.

Gracias, queridos compañeros, gracias en nombre de la Libertad y en el mío.

Y ahora dispénsame *El Radical* que le diga esto:

Comprendo que debe recibirse á tiros á esa gente; con perros rabiosos no se emplea otro procedimiento. Pero, tratándose de mí, que jamás llevé un arma en el bolsillo, no me eche la pena, por defender el guirrijo de vida que me resta, de entretenerla á última hora vertiendo sangre, ni aun en defensa propia.

No creo que los carlistas sean tan torpes, que den pretexto á que mi nombre sirva de bandera contra su causa; pero si yo me equivocara, peor para ellos y mejor para mí. Sería una honrosa manera de acabar mi campaña, y podría aplicármela con justicia aquello de:

Un bel mori tutta una vita onora.

Y quizás recordase en mis últimos instantes, al pensar en la poca cantidad de vida que me quitaban, á aquel aragonés que, al indicarle un amigo que su novia no tenía parte en la letanía, exclamó filosóficamente: «¿Y qué? ¡Palo que le había de durar!...»

Los carlistas

Voy, por primera y única vez, á ocuparme de lo que me digan los carlistas. Tengo mucho que hacer, y no puedo perder el tiempo en rechazar ofensas que no me llegan, ni contestar á impertinencias.

Los de autos, esto es, los *Requetés* que vinieron al lunes á buscarme, (y cuyos nombres no publico por no fomentar su prestigio, dando que todos los héroes son modestos), han dicho en *El Correo Es*

pañol que yo estaba en la administración cuando ellos llegaron.

No me extraña que lo creyeran así. Saben que soy viejo; sospechan que debo tener las barbas blancas; llegaron, según me dijeron los de la administración, un poquito azorados; vieron escribiendo á un señor con barbas blancas y viejo, y se dijeron: «¿verde y con asas?, es decir: «viejo y con cana? Pues Nakens.» Y sin embargo, no era yo.

Mas repito que no me extraña; de estas equivocaciones hay muchas en el mundo. Los carlistas creyeron en la primera guerra que D. Carlos era un hombre, y se encontraron con una beata irresoluta; como en la segunda creyeron que su nieto era un león, y les resultó liebre.

¿Quién no se equivoca alguna vez? De humanos es el error.

También han dicho que los individuos que estaban en la administración tenían caras patibularias.

Me lo explico también: los prejuicios hacen que las cosas se vean muy diferentes de cómo son. Tienen los clericales tal idea de *EL MOTIN*, que lo menos que se figuran es encontrar aquí al diablo en persona: lloran y no lo encuentran; pero, perturbada su vista, todas las caras que ven se les antojan patibularias.

Esto aparte de que, como los *Requetés* que vinieron deben tener constante roce con *luisés*, todas las caras de hombre les parecerán patibularias. Sin que yo trate al decir esto de volver la cara por las caras de mis amigos, no; antes bien declaro imparcialmente que sus rostros no son de damiselas; ni mucho menos.

En lo que si tienen razón los *Requetés*, es en decir que la habitación está destaralada.

Ya lo había yo advertido hace años y procurado ponerla decentita, pero ¡ah! no he podido: ya verá si con el tiempo...

Esta poca maña que me he dado siempre para captar hienencias, despojar viudas, desvalijar huérfanos, me ha impedido levantar cabeza.

¡Y si al menos hubiese tenido la habiilidad que los carlistas reprocharon á su hoy colega *El Siglo Futuro*, de convertir en negocio la suscripción abierta para regalar á la nación un barco de guerra! Pero ni eso.

¡O la que echan ahora en cara al canónigo Collel, acerca de la que abrió para adquirir una lámpara destinada á no sé que santo! Pero tampoco.

O la que...

Mas sería interminable la enumeración de hechos parecidos y me reservo para mejor ocasión.

¡Mas quién sabe todavía!... Mientras hay vida, hay esperanza. Y quizás se muera algún señor Balfi republicano, que me deje 25.000 duros como el clerical se los ha dejado á *El Correo Español*; y entonces... Entonces si que pondré una redacción y una administración al p. lo, con caja de caudales, mesas de ministro, sillaría de caudales, espejos, y en vez de

crucifijo una soberbia estatua del Diablo, hecha por un artista célebre. ¡Pues apenas tengo yo instintos de buen gusto!.. Pero cuando no se puede, no se puede.

Y ahora que he hablado de ese bienhechor de la Buena Prensa, señor Buffi: ¿Qué hay de?...

Mas no; no quiero meterme en lo que no me importa.

Allá ellos.

Quedamos, pues, en que yo no estaba en la administración.

En que los amigos que me ayudan no tienen cara de ángeles, de esos que encantan á muchos clericales.

Y en que la administración y aun la redacción de EL MOTIN no se distinguen por su lujo...

Y vamos á otra cosa.

Grandeza y pequeñez

Hablando *El Correo Español* del heroico asalto á la redacción de EL MOTIN llevado á cabo por los dos Cides supradichos, y que ha eclipsado los que actualmente están dando allá en los Balkanes búlgaros, servios, griegos y montenegrinos, dice textualmente:

«Un viejo, que debía ser Nakens, acurrucado detrás de una mesa, presencié la entrevista.

Nuestros valerosos amigos comprendieron que no era posible hacer nada contra el director de EL MOTIN.

Nakens no tiene cara donde recibir unas bofetadas. Sería un crimen que manos mozas pegasen á un pobre inválido.»

Los auracanos encontraron en Ercilla el cantor de sus proezas; Bernardo del Carpio á Balbuena; los gatos á Lope de Vega; las moscas á Villaviciosa.

Mil veces más afortunados los dos valerosos *Requetés* madrileños, han encontrado para inmortalizarlos á *El Correo Español*.

Ave, Césares, etc.

Sigo leyendo el artículo donde se canta la inmensurable é inconcebible hazaña, y se me cae el alma á los pies:

«Abandonaron la casa de EL MOTIN nuestros amigos, convencidos de que no cabe otro recurso que el de castigar al libelista en el bolsillo, que es donde más debe dolerle.

Quemar paquetes de su periódico, impedir que lo exhiban en los kioscos, dificultar su propaganda y, si alguien se hace solidario de la campaña de EL MOTIN, y éste alguien tiene un dedo de narices, romperselas.»

Y harán perfectamente si se lo consienten las autoridades gubernativas y judiciales.

Lo que siento, es que si lo hacen no podré mueblar la redacción.

¡Carteros han estado al dirigirme el golpe!... ¡En el bolsillo!.. ¡En el vacío,

donde todos los golpes son mortales!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

¡Ay pobre redacción mía!

¡Ya no podré adecentarte en mi ¡una mera vez!

Honrando los linajes

Decís, *Requetés*, que habéis dado pruebas suficientes de que sabéis reivindicar como se debe la memoria de vuestros padres.

Si; ya he sabido los asesinatos de San Feliú y Granollers, y reconozco que la reivindicasteis, y de la única manera que sabéis hacerlo. No sé cómo vuestros padres no se alzaron de sus tumbas para abrazaros y deciros:

«¡Bravo, muchachos! Habéis debutado bien; asesinando como verdaderos carlistas: alevosamente. Sois dignos de nosotros. Os bendecimos, y hasta la vista.»

Confesad, *Requetés*, que al no hacerlo, vuestros ascendientes han pecado de desatentos.

Por lo demás, creed que os aplaudo de corazón al ver que no desmentís la casta. Eso os honra, como á mí lo que hago.

Mi padre combatió á los vuestros con las armas en la mano; yo os combato con la pluma desde que la agarré por vez primera; y no sólo al mío, sino á los de todos aquellos que aun defienden hoy la Libertad.

Y os aplaudo, al ver que conserváis como yo el ejemplo que ellos nos dieron: yo, combatiendo noblemente y cara á cara: vosotros, preparando emboscadas y asesinatos á traición.

De vosotros y de mí podrá decir mañana la Historia con perfecta justicia:

«No desmintieron su linaje é hicieron honor á la frase vulgar: «bien haya quien á los suyos se parece.»

Favor que pido

Usais un lenguaje, *Requetés* de mis entretelas, que no cuadra bien en bocas de jóvenes, y menos de los que cada dos ó tres semanas, arrodillados ante el ara santa, sacan la lengua con mística unción para que un venerable sacerdote (que quizás sea el mismo que en vuestro Centro os excita contra mí) deposite en ellos la hostia consagrada.

«Que si inmundo, que si asqueroso, que si embustero, que si indecente, que si fiera, que si ladrón de honras, etc.»

Todos estos epítetos me aplicáis, dilacerando mi corazón sensible; epítetos que me duelen de verdad, pero no tanto como el de amparador de asesinos que me disparáis, pues harlo sabéis que á lo más que tenéis derecho es á emplear el singular.

Pero antójaseme que no andáis muy precavidos al denostarme por eso. D los vuestros insinuos y aficiones, recientemente demostrados en San Feliú y Granollers, ¿quién os dice que no os veáis

obligados algún día á venir á mí en busca de amparo?

En fin, allá vosotros. Yo soy tolerante como todo viejo, y os perdono de buen grado.

Pudiera devolveros los epítetos duros, pero que, gracias á Dios, también se usaron.

Os lo voy á probar:

«Piojos de la difamación, ladillas de la honra, larvas de la alevosía, orugas del salvajismo, microbios de la indignidad, gusarapos de pila de agua bendita, garrapatas de cerdos de Israel, cucarachas de convento en ruinas, escarabajos de las defecaciones liberales... y otras frases por el estilo, todas de gusto pésimo, pero que tienen cierto parentesco con lo groseras y desvergonzadas que me aplicáis. Porque, como ocurrírseme, ya veis que se me ocurren.

Pero no lo haré, no; me basta con llamarnos *Requetés*.

Y ahora, *Requetés*, tened la bondad de decirme, si es que no os lo han prohibido mis vecinos del núm. 25:

¿Quién de vosotros es el encargado de representar el papel de Dalila para cortar el pelo á este Sansón que ya está calvo?

¿Cuál el que ha aceptado el de Judhit, para seducir á este Holoferne que no puede ya con los calzones, á fin de cortarle luego (¿luego de qué?) la cabeza?

¿Cuál el de Herodías, para pedir entre piruetas cancanescas, que bordéis al pelo, la cabeza de este Bautista matusalénico?

Decídmelo por favor, para que yo pueda saber, al recibir el golpe, si me lo da la pérfida Dalila, la traidora Judhit ó la voluptuosa Herodías, esas tres *requetesas* de la Bitulia.

Secreto revelado

Dicen los *Requetés* que yo me escudo en mi edad y en su caballería para hacer lo que hago.

Lo primero es cierto: con toda la picardía del mundo, he estado aguardando á cumplir setenta años para comenzar á atacar al carlismo.

Porque ya es hora de descubrir un secreto que me abruma.

Todo lo que se ha publicado en EL MOTIN desde 1881 con mi firma, como antes en *El Globo*, no era mío. Era de uno que se parecía á mí en la fisonomía, en el pensar y en el sentir, pero que no era yo.

¡Y que no escribió el tal con dureza y coraje! Ahora está y pagando yo sus deudas de lenguaje y de concepto.

Insertaré en estas planas de este número algunos de los artículos que publicó *aquel otro yo*, con el año en que lo hizo.

Y tuvo la suerte el muy delenguado y precáz, de que ningún carlista de los que entonces había, se metiera con él. Verdad

que era joven y con los pantalones bien puestos.

Aunque quizás no lo respetaran por esto sólo, sino porque los carlistas de entonces, que habían estado en la guerra ó se habían enterado de todo lo que en ella pasó, sabían que era verdad cuanto aquel usurpador de mi firma decía, mientras los de ahora no saben una palabra de la guerra, ni siquiera el nombre de pila de aquellos gloriosos generales de la santa causa, apodados Feo Cariño, Telaraña, Merendón, Jergón, y otros de tan ilustre prosapia.

Pero ahora advierto que no he hablado de la *caballerosidad* de los carlistas.

Como yo no creo en mitos...

Lo dejaré para otro día.

Enseñar al que no sabe

Como veo que los *Requetés* ignoran la Historia de su partido, voy con mucho gusto, cumpliendo además una obra de misericordia, á irse la enseñando poco á poco, para que no incurran de nuevo en el error de negar autenticidad á *documentos oficiales*.

Y comienzo mi tarea docente con un extracto del famoso proceso de *El Robo del Toison*, en que jugó papel tan principalísimo su amado R. y y Sr. D. Carlos VII (q. s. g. h.).

La santidad de la cosa juzgada, de que ellos son fervientes partidarios, les impedirá seguramente negar autenticidad á las pruebas judiciales, como se la han negado á fehacientes *documentos carlistas*.

Adviértoles de paso que esto que estoy haciendo, no es la *Historia del carlismo* contada por los liberales, sino la *Auptosia del carlismo* hecha por los carlistas, como ya he tenido el honor de decir varias veces.

Si en los relatos hay errores ó apreciaciones duras, carguénselo á la cuenta del carlismo, pues son carlistas quienes los cometen ó las hacen. Yo me limito al simple papel de recopilador.

En la página 11 de este número comienza el extracto del célebre y vergonzoso proceso.

No hay mal que por bien no venga

Me sonrío cada vez que pienso en lo torpes que anduvisteis ¡oh clericales acarlistados!, al creer que acabábais con EL MOTIN impidiéndole por sentencia judicial publicar aquellas caricaturas que representaban escenas, entre inocentes y picarescas, de curas, amas, monjas, frailes y demás gente ordinaria.

No pudisteis adivinar el favor que me hicisteis, evitándome la molestia semanal de buscar y rebuscar un asunto que no se pareciera demasiado á los que venía exhibiendo desde hace treinta años.

Era una desesperación, casi un supli-

cio, á pesar del regularcillo ingenio con que la divina Providencia se dignó dotarme, el encontrar asunto para una caricatura de esas.

—Haga usted tal cosa, le decía al dibujante... Pero, no; no la haga usted. Eso ya se dió hace años.—Represente un cura tocándole paternalmente la barbilla á su sobrina... Pero, no; tampoco. Se ha hecho también.—Pinte usted un fraile acariciando á un niño que tiene sobre las rodillas... Aunque, no... Está el asunto muy sobado.

Y así media hora y á veces una, para acabar muchas veces diciéndole al dibujante:—Haga usted lo que quiera... dentro de los siete pecados capitales... Como no se salen de ellos, mal puedo yo encontrar asuntos fuera.

Y lo dicho: era un suplicio semanal insostenible; mientras que desde hace dieciséis meses, esto es un gusto.

—Reproduzca usted el suplicio de Jordano Bruno.—El tormento del agua.—El del fuego.—El del torno.—El suplicio de Juana de Arco.—El de Savonarola.—El de Juan Hús.—El de las dos jóvenes á quien delató su católico padre.—El de Cazalla.—El de... Cualquiera de los infinitos crímenes de la Inquisición.

Y ahora, como entreacto, y para no cansar á los lectores con tanta Inquisición:

—Reproduzca usted el fusilamiento de Burjasot.—El de Llayers.—La quema de la estación de Beasain.—El de Joaquina Foz.—El de aquellos chicos en Codoñera.—El episodio del coronel Alonso...—El que usted quiera.—Desgraciadamente hay mucho donde escoger.

¡Las veces que les habrá pesado á los clericales haberse metido con las caricaturas de EL MOTIN, inofensivas ya de puro repetidas! ¡Y las que les pesará!

Bien dice el refrán:

«Cuando una puerta se cierra, otra se abre.»

Y la que me han abierto es tan amplia, que irán saliendo por ella todos los crímenes del carlismo y de la Inquisición, con ser tantos y tan grandes.

Estimando, clericales.

Algo que no entiendo

No he necesitado nunca otros estímulos que los del amor á la Libertad, para combatir al carlismo: escuso decir que seguiré haciendo igual en adelante.

El carlismo ha influido poderosamente en mi vida política.

Si combatí á curas y frailes, más fué por haberles ellos ayudado siempre, que por la farsa que sostienen y la conducta que observan.

Y si amé al Ejército, no fué sólo porque vi en él al hermano del Pueblo, y confié en que unidos un día salvarían la Patria, sino también porque hizo morder el polvo á los carlistas siempre que levantaron la cabeza.

Por esto no me explico que haya habido ni haya republicanos que prediquen la unión con ellos, ni aun para derribar la monarquía constitucional; y por esto, de todos los contubernios indignos que se han hecho en la política española, ninguno me asquea como aquel de la Solidaridad, que fué á la vez abdicación, deshonor, crimen... en los republicanos. Los carlistas entraron en él sin sacrificar nada.

Y es que hay cosas en política que ni el tiempo, ni el ejemplo, ni los desengaños logran hacérselas suponer hasta que no ocurren. El que me hubiera dicho antes de pactarse la Solidaridad que un republicano (no digo muchos, uno solamente), pudiera unirse nunca para nada con un carlista, le hubiera dado un mentís rotundo.

Ha ocurrido, y en ciertos momentos quiero creer que no es verdad; tan inconcebible me parece todavía. Y es que tengo el defecto de juzgar á los demás por mí.

¿Unirme yo con los asesinos de nuestros padres? Ni aun para traer la República: lo he dicho mil veces. ¿Aliarme con los irreconciliables enemigos de la Libertad? Ni aun para alcanzar la salvación eterna, si creyese en otra vida.

El que después de leer los infinitos crímenes que cometieron en las dos guerras, no se jure á sí mismo rechazar toda alianza, toda unión, todo contacto con quienes defienden hoy lo mismo que defendían aquellos bandidos, ese, quien quiera que sea, y apódesese políticamente como se apode, ni ha sentido nunca la libertad, ni merece estar si no con ellos, y hacer lo que ellos.

Ninguna consideración política, ningún interés de localidad, ningún agravio recibido, nada, en fin, podría disculpar á los republicanos que se unieran á los carlistas.

No se echarán al campo, porque no pueden, á pesar del apoyo que frailes y curas les prestan; pero si lo hicieran, los principales culpables no serían ellos, sino los liberales y los republicanos que han consentido que resuciten, abdicando de su nombre, traicionando sus ideas, enlodando la historia del partido...

Puede negáseme todo, menos que la República fué siempre mi amor político, y que por ella hubiera dado mi vida, cuando estaba en toda su plenitud. Pues bien: si de renunciar yo á defender la República hubiera dependido que el carlismo acabase, habría acabado el carlismo, porque hubiese renunciado.

Y digo más:

Hoy mismo, si se echara al campo estando Maura y Cierva en el poder, y ellos lo combatieran de verdad y á sangre y fuego, tendría yo el valor de deshonrarme políticamente, ayudándoles cuanto pudiera.

Y dicho esto, creo que no puedo ya decir más.



Atrasados de noticias

Pero qué, ¿no os habéis enterado hasta ahora de que yo soy enemigo antiguo é implacable del carlismo? Mal andáis entonces de noticias, *Requetés*.

Si logro dejar recogido en tomos todo cuanto contra el carlismo he escrito, os dejaré después de muerto mucha sarna que rascar.

¡Y poco satisfecho y tranquilo que cerraré los ojos, pensando en que donde quiera que caiga un libro mío, se levantará un espíritu honrado contra vosotros!

Pero no me extraña que no sepáis lo que he hecho: más me extraña que los liberales hayan olvidado lo que hicisteis, dando así lugar á que os hayáis crecido tanto.

Convenços de que yo no he cambiado, sino vosotros.

Yo soy el que siempre fui, y hablo como siempre hablé. Vosotros sois los que habéis variado: antes no hablábais, y ahora gritáis.

Aunque no tenéis vosotros la culpa, sino los liberales que os lo han consentido y os lo consienten.

Por esto hay ratos en que abomino de ellos más que de vosotros.

LA BOINA

Allá por Junio de 1899, cuando el general Polavieja pensó en cambiar el ros por la boina, el periódico *El Ejército Español* se revolvió contra el ofensivo propósito y escribió lo siguiente:

«La idea de que la boina, ese distintivo de los soldados del Pretendiente, esa odiada divisa de los eternos enemigos del ejército liberal, cubra la cabeza de los que siempre los combatieron, ha caído como una bomba entre la oficialidad del ejército de montaña que ha de usarla.

Cuide el ministro de la Guerra de que esa elección de prenda de cabeza no dé lugar á manifestaciones que pudieran no ser de su agrado y del resto del Ejército y del país, que no ven con gusto la adopción de esa prenda, que se considera como enseña del carlismo.

Lealmente se lo advertimos al general Polavieja; á veces causas pequeñas producen efectos muy grandes, y podría ser que á pesar de toda su autoridad, no lo grase disfrazar de carlista al ejército liberal.»

Lo copié entonces en EL MOTIN con el gusto que es de suponer; con el mismo que lo reproduzco ahora.

EL ESTERTOR

Querido y admirado D. José: Algún día, «tclerante» y romántico, pretendí encontrar en el fondo del carlismo rural reivindicaciones agrarias que justificaban la intervención de las masas rurales, y

hasta creo que por este afán mío merecí un palo de usted.

Pensaba yo y sigo pensando que si la desamortización fué justa y plausible en cuanto arrancó al clero bienes que no eran suyos, fué un mal en cuanto quitó al pobre los baldíos, las tierras comunales, los montes de aprovechamiento común, los bienes de propios, etc., y en la protesta contra este último despojo veía la fuerza del carlismo, tanto más cuanto que la vileza de los monárquicos liberales había paralizado, derogando las leyes desamortizadoras en lo relativo á bienes religiosos, dejándolas subsistentes—y subsistentes siguen—en lo que se refiere á las tierras que pueden ser consideradas de propiedad común.

Quizá las masas rurales que recuerdan el bienestar pasado y ven cómo se les arrebató, merecen cierto respeto; sí. Mas declaro que el resto del carlismo debe de ser combatido como usted lo combate: á sangre y fuego, sin desfallecimiento ni piedad; y la bandera de las reivindicaciones comunales hay un partido que se la arrancará, que ya debió arrancársela: el socialista.

Esa furia salvaje, ese encono de las gentes que quisieran llevarnos á tiempos aun peores que estos, tiene por lo demás una explicación.

Somorrostro ya no está en sus manos; allí mandan los mineros revolucionarios.

El Maestrazgo se les escapa; allí surgen resueltas las Sociedades obreras.

La comarca de Vich se les va; allí hay centenares de Sindicatos.

Berga no es de ellos, no lo es Manresa, no lo es Tolosa—¡hace poco hubo una huelga general!—, no lo es la Mancha, no lo es Pamplona, van dejando de serlo Navarra, Alava, Gerona, Lérida; hasta en el mismo valle de Loyola, basta en Azpeitia resonó en *vascuence* la voz de la Revolución social.

De ahí su rabia.

¿*Requetés*? En lo que pueden tener de masa obrera, trabajadora, de gente que vive de jornal, sólo se nutren de la escoria del proletariado, de los inhábiles, de los ineptos, de los incapaces, y aun de los perdidos. Así observe usted que los tales *requetés* sólo en poblaciones considerables son posibles.

Pero hace usted bien, muy bien. La agnición de esa gente es larga y es peligrosa, y sobre todo lo que ella pierde, sus masas populares lo ganan en las clases que llaman medias.

Hace usted bien, repito, en avivar el seso á los republicanos y á los liberales de veras, mientras los obreros penetran de un modo incoercible en las tierras que tenían acotadas, para predicar el salvador y civilizador principio de «ni Dios ni amo».

Veo que están rabiosos contra usted, y me lo explico y le felicito; si callaran, si no amenazasen, si no azuzaran, ello indicarla que no había usted acertado; como ocurre lo contrario, hay que aplaudir á usted porque dió en la tetilla, que es adonde tiraba.

Muy bien.

¡Y lástima que no resucite Victor Hugo para contemplar el orgulloso edificio que se alza ante el sótano de EL MOTIN, los enhiestos conventos é iglesias de España junto á los pobres Centros obreros, escuelas, círculos y casinos míseros en que se alberga un puñado de luchadores, para escribir de nuevo: «ésto matará á aquélle»: con una diferencia: ¡ésto está matando á aquéllo!

Salud, y un abrazo de

J. J. MORATO

Los artículos que van á continuación no son míos: son del Nakens que me suplantó durante tantos años la firma.

A cada cual lo suyo, y cada palo aguante su vela.

El deber de todos

En vez de censurarme por la campaña anticlerical que sostengo, ó discutir su oportunidad y conveniencia, todos los que blasonan de liberales, en más ó menos, deberían ayudarme con la palabra y con la pluma.

Y decirles conmigo á las madres españolas:

«Ese niño que lleváis en vuestros brazos á la iglesia, morirá de un tiro disparado por un hombre á quien las palabras del cura fanatizarán.»

Y á los jóvenes:

«El llanto de vuestras madres correrá en abundancia, y sus días serán largos y sin pan, y sus noches tristes y dolorosas, porque el cura que predica en nombre del cielo hará que el fuego de la discordia abraze la tierra.»

Y á los pequeños:

«Pasaréis hambre y frío, moriréis abandonados la mayor parte, y los que resistáis, iréis, los varones á presidio y las hembras á las casas de prostitución, que á tales sitios conduce la miseria; y todo porque el hombre negro exparce palabras de odio que llevarán una bala al pecho de vuestros padres.»

Y á los ancianos:

«Sucumbiréis entre sollozos de angustia, sin tener al lado una mano querida que cierre vuestros ojos, ni unos ojos que derramen después una lágrima sobre vuestra fosa, porque el cura barrió con huracán maldito los seres que alegraban vuestro hogar.»

Y á los liberales:

«No lo sois, ni sentís en vuestro pecho un átomo de amor á la libertad en cuya defensa vertieron su sangre nuestros padres, si ante esta borrachera del fanatismo no declaráis guerra al bando clerical, negación de la idea regeneradora que á la humanidad impulsa: la ciencia y el trabajo; si no enseñáis á vuestros hijos que los templos son hoy grandes retortas donde el alquimista clérigo funde cantidades enormes de odio, ignorancia, ambición, soberbia, avaricia y cuantas malas pasiones alberga el corazón humano, para buscar este resultado horrible: la

guerra civil que acabe con todos nosotros. Y esto deberéis enseñarlo con el ejemplo, y, en caso necesario, imponerlo con la autoridad del mandato; que al jefe de familia le está encomendada la educación de los seres que la componen.»

Y mientras todos los que tienen el deber de hablar así no lo hagan, y por cálculo ó hipocresía acudan al templo á la voz de la campana que toca el cura, ni aquí habrá paz, ni prosperidad, ni hombres, sino que seremos un pueblo de religiosos sin religión, de valientes sin valor y de liberales sin libertad; un pueblo que merecerá tener, no estos gobiernos de la restauración, demasiado dignos para él todavía, sino otro de presidiarios tontos, ruidos que le lleve á puntapiés á barrer con la lengua las iglesias; un pueblo de histriones dispuesto á representar toda clase de farsas, y que, imitan lo al noble que para en mendigo, se consolará en el infecto tugurio donde muerda el pan que le arrojen desdenosamente, recordando la gloria y la riquezas de sus antepasados. Que eso, y solo eso seremos si, pese á nuestros alardes de liberalismo infecundo, consentimos por mas tiempo el predominio de la reacción clerical.

1885

Arras sangrientas

El casamiento del hijo de D. Carlos y la hija de D. Alfonso XII es imposible: ese hijo representa la tradición, y aquí existe y debe existir siempre un odio á muerte entre la tradición, que es la esclavitud, la hoguera, el calaiso, y la libertad, que es la dignidad, el honor, la vida.

Aquí no hay quien no esté dispuesto á sacrificarse por impedir que los tesoros gastados en las guerras sostenidas contra la reacción en lo que va de siglo, sirvan sólo para las arras de un casamiento.

Aquí no hay quien consienta que los descendientes del imbecil y sanguinario hermano de Fernando VII manchen las calles de las poblaciones españolas con sus botas llenas de sangre liberal.

Aquí no hay quien tolere que se robe ni un céntimo siquiera al padre, á la viuda ó al huérfano del bravo militar muerto en campaña, para pigar la lista civil al miserable que promovió la guerra.

Porque aquí podemos estar divididos para todo los liberales, y hasta censurarnos y tirarnos al degüello; mas cuando se trata de combatir al carlismo, las divisiones cesan.

Y que podemos mucho, lo saben las hordas de los Savalls, Santa Cruz y demás asesinos teocráticos. Si el año 73, con dos guerras civiles, heredadas de la monarquía, y luego la cantonal, aleatida por los conservadores como las otras dos, en lucha unos con otros, sin recursos y cercados de emboscadas y traiciones, no pudieron los carlistas pasar el Ebro, ¿qué habia de hacer en el instante que lanzáramos al pueblo sobre ellos?

No es el miedo, no, el que me hace dar la voz de alerta; es el deseo de ahorrar á España dias de luto y de vergüenza.

1885

Insolencias carcas

La Fe, escupiendo por el colmillo.

«Después de las dos guerras, los carlistas nos encontramos con la misma fuerza y fortaleza y resolución ante todos los liberales, que ya no forman sino pandillas de vividores y ambiciosos, y cuyas sacudidas son tan cobardes como ignominiosas.

Por donde se ve claramente que es cierto el refrán que dice que á la tercera va la vencida.»

Si, tiene razón; irá la vencida, pero será para los que han sufrido las dos derrotas anteriores.

A despecho de la fuerza grande que le dan las órdenes religiosas, el jesuitismo sobre todo; á pesar de la propaganda escandalosa que se viene haciendo desde el pulpito, y de la tolerancia de los gobiernos de la restauración, el carlismo será vencido en cuanto alcance la cabza, y de modo tal, que no volverá á levantarla.

No han de poder, no, después de termina la tercera guerra, escribir párrafos tan jactanciosos como el siguiente:

«De las dos guerras carlistas, una concluyó por una traición de convenio, y la otra por una serie completa de traiciones; pero la última concluyó después de haber echado los carlistas de España á D. Amadeo, y de tener el pie sobre el cuello de la República, y de haber hecho retroceder á la revolución de Septiembre seis ó siete etapas; así como la primera imponiendo á la revolución la unidad católica y los fueros vascongados.»

¿Qué han de escribir párrafos así? Sería necesario que los liberales no tuvieran ni valor, ni vergüenza, ni instinto de conservación, si no aplastásemos para siempre á las hordas clericales que se jactan hoy de haberse opuesto dos veces en lo que va de siglo á la marcha de la civilización.

El día que los carlistas se levantasen en armas, ya lo he dicho varias veces, los republicanos, si fuesen en tiempo de la monarquía, nos pondríamos resueltamente al lado de cualquier gobierno que se decidiera á combatirlos; y si mandásemos nosotros, apelaríamos á todos los medios para exterminarlos. ¡A todos, absolutamente á todos!

Ténginlo así entendido esos frailes que levantan conventos para convertirlos en fortalezas; que sacan dinero á título de religión para comprar fusiles, que embaucan y fanatizan á los católicos para hacerlos servir de carne de cañón en la lucha que preparan.

Y procuren, cuando el grito de rebelión estalle, ponerse pronto en franquía, no haga el diablo que no puedan salir de sus madrigueras; pues los liberales estamos dispuestos esta vez á no ser víctimas de respetos mal guardados y á no tener

vacilaciones que se pagan luego muy caras.

En el momento que se echen al campo, aunque sea en número reducido, obraremos con la misma prontitud y energía que si tuvieran en armas un ejército de cien mil hombres, y les demostraremos que, efectivamente, á la tercera va la vencida.

1886

Soldados y bandidos

Los carlistas hacen correr la voz de que cuentan con parte del Ejército. Mienten en eso como en otras cosas; en esa más que en ninguna.

Podrá haber, hay seguramente en el Ejército jefes y oficiales carlistas, tal vez algún general; éstos podrían, si estallase la guerra, irse con D. Carlos; pero ¿arrastrar al Ejército? No.

Pruebas mil ha dado de ello; la más grande fué cuando los monárquicos disolvieron el cuerpo de artillería, que los republicanos reorganizaron después. Era un cuerpo privilegiado; pasaba por reaccionario; se vieron desposeídos de sus empleos los jefes y oficiales; y á pesar de esto muy pocos se marcharon con D. Carlos. Prefirieron quedarse sin carrera á unirse con los asesinos de sus hermanos de armas.

No; el Ejército no es, no puede ser carlista; se lo impide su tradición, el mar de sangre que tendría que vadear para unirse á los asesinos de sus compañeros, la ilustración que hoy posee; y cuando esto no fuera, se lo prohibiría el instinto de conservación.

Los carlistas tienen generales, jefes y oficiales, unos creídos en la última guerra y otros nombrados después; han ido ascendiendo en la paz y se presentarían en campaña ostentando sus emblemas. Con pocas excepciones, los individuos de ese Estado Mayor son gentes sin instrucción ni idea de lo que es el honor militar; hicieron del guerrear un oficio lucrativo, y, por lo tanto, robaron y saquearon siempre que pudieron; no pelearon con nobleza, cazaron con astucia, ó asesinaron con crueldad; el incendio les facilitó en ocasiones el triunfo que á su valor estaba vedado. ¿Y con gentes así iba á confundirse el Ejército español? Sólo con pensarlo se le ofende.

Pero vamos á suponer lo absurdo, á hacer probable lo imposible; que el Ejército se fuese con el carlismo, y que éste, ayudado por él, venciera. ¡Pobre Ejército al día siguiente del triunfo! Se vería sustituido por la pitulería carlista, que presentaría como mérito para ser preferida su antigüedad en la defensa de la causa, su consecuencia, sus sacrificios, los hechos realizados contra ese mis No Ejército, y hasta los infames asesinatos de Ripoll, Berga, Cirauqui, Olot, Eridarlarza y Abizurza.

Ellos serían los preferidos, los halagados, los que inspirasen confianza; y si no de una vez, poco á poco la brillante ofi-

cialidad española se vería desposeída; y menos mal si, como ocurrió á raíz del 23, no se empleaba el puñal y el revólver para acabar con sus individuos en detall.

Y aunque esto no fuese; ¿qué individuo del Ejército llevaría con orgullo una condecoración que ostentase un émulo de Santa Cruz, un grado que obtuviese un imitador de Savalls? ¿Qué oficial se resignaría á tener por jefe á un asesino ni por compañero á un ladrón? ¿Donde irían á parar entonces la altas ideas que hoy tiene el Ejército sobre el honor y el deber? ¿Cómo podría repetir, con el orgullo que lo hace ahora, aquello de

la milicia sólo es una
religión de hombres honrados?

No; los carlistas, si lo imposible pudiera realizarse alguna vez, única manera de que obtuvieran el triunfo, no necesitarían echar á los jefes y oficiales del Ejército: ellos se irían por dignidad personal, por honor colectivo.

Nunca han sabido los carlistas disimular el odio que tienen al Ejército. En la última guerra, como en la primera, los jefes y oficiales que se pusieron á sus filas fueron siempre mirados con prevención, cuando no perseguidos, cuando no deshonrados. Se utilizaban sus servicios, porque eran los únicos que valían, pero se les odiaba en el fondo: cualquier cabecilla feroz y sanguinario alcanzaba más predicamento arriba y abajo: sirvan de ejemplo Zumalacárregui en la primera guerra; Dorregaray en la segunda. Cabrera, D. Basilio, cualquier otro malvado significaba más que el primero para Carlos V; Santa Cruz, Savalls, Rosa Samaniego eran más apreciados que el segundo por Carlos VII.

Y era lógico. En un partido que tenía por bandera el robo, el incendio y el asesinato, eran los mejores aquellos que más asesinaban, más incendiaban, más robaban...

Por esta razón nunca podrían imponerse en el carlismo los jefes y oficiales del Ejército que, ni aun en los momentos en que se baten como fieras, se olvidan de que son hombres, y honrados, y caballeros.

1894

Tolerancia criminal

«Queremos la libertad para todos, hasta para nuestros adversarios»; así decían aquellos inocentes cuanto calumniados republicanos del 73. Y consecuentes con este absurdo principio, permitían que el absolutismo, representado por un pretendiente imbécil, una cohorte de aventureros y una turba de fanáticos, se aprovechara de esa libertad para crecer y desarrollarse. No comprendían que la guerra tiene exigencias terribles, y que el rigor más extremo y la responsabilidad de toda la sangre vertida debían caer sobre los facciosos que venían ensangrentando en todo lo que iba de siglo el

suelo de la patria, asolándolo y despojlándolo además.

Libertad para todos pedían, en vez de oponer la violencia á la violencia, el estrago al estrago, el terror al terror, declarando á los carlistas fuera de la ley que ultrajaban y escarnecían, y privándolos de todos los medios directos é indirectos de hacer la guerra, aunque hubiera sido preciso para ello pasar por cima de esa misma ley que ellos no respetaban y á cuyo amparo nos combatían alvosamente y á mansalva.

Los carlistas prodigaban el cobarde insulto, el violento despojo, el feroz martirio, el vil asesinato al grito en sus labios mentido de ¡viva la religión!

Y ellos, los liberales, meticulosos, mentecatos, imbuidos en ideas falsas sobre el deber y el derecho, seguían pidiendo libertad para todos, y lo que era peor aún, concedéndola.

¡Dar libertades á los que mataban la libertad á cañonazos! ¡Conceder á los rebeldes las mismas garantías que á los defensores del derecho! Parece mentira que se proclamase tal insensatez, y, lo que es peor, que se llevase á la práctica. Y se llevaba hasta un punto, que se toleraba que los periódicos carlistas de Madrid dijese, con tanta desvergüenza como impunidad, «que tomarían á San Sebastián y Bilbao porque no había un liberal que se atreviese á hacer frente á los carlistas ni que supiera lo que era el honor militar», y que lo que entonces les interesaba á ellos era coger al general Loma ó cualquiera otro de los valientes galgos que, como alma que lleva el diablo, corrían por las vertientes del Norte en cuanto veían asomar una boina.

Irrita el pensar, más que en el procaz descaro y la imprudente audacia de la prensa carlista, en la ejemplarísima tolerancia é inconcebible longanimidad que permitía á los facciosos fomentar directamente la insurrección publicando los partes oficiales de los cabecillas, y las noticias, falsas casi siempre, que á sus miras convenía; insultar al ejército, los voluntarios y los liberales todo, cosa nunca vista en ningún tiempo ni en ningún país, y que era como abofetear al pueblo y al ejército que se batían casi siempre en la proporción de uno contra diez.

Si, hay que repetirlo muchas veces para que no vuelva á olvidarse jamás: los carlistas engrosaron sus huestes, únicamente porque los liberales se lo permitieron, consintiendo que ellos, enemigos implacables de la democracia, utilizasen los derechos individuales para acabar con ella.

Esto no puede volver á ocurrir, y para ello es preciso acostumbrarnos de antemano á la idea de que hay que hacer al carlismo una guerra de exterminio desde los primeros momentos, y que saltar por todo, las leyes democráticas inclusive, para acabar con él de tan radical manera, que podamos decir á las madres españolas:

«Criad tranquilamente vuestros hijos;

el carlismo, que os los asesinaba periódicamente, ha desaparecido, y para siempre.»

1895

Todo menos eso

Al leerse en el Congreso los partes telegráficos en que se decía que desde la madrugada del lunes 15 de Julio de 1873, hasta las nueve de la mañana del miércoles, se defendieron en Estella 200 voluntarios contra las facciones reunidas de Dorregaray, Ollo, Pérula, Rosa y Aldea, en total 1.200 hombres con cuatro cañones, y que intimada que les fué la rendición y próximo el asalto del Fuerte, el voluntario Celestino Garamendi se encerró en la habitación que servía de polvorín, decidido á prender fuego á la pólvora en cuanto un carlista intentase el asalto, permaneciendo durante todo el tiempo que duró el ataque con la mecha encendida aguardando el momento oportuno; y que la señora del capitán permaneció en el Fuerte todos aquellos días curando heridos y animando á los combatientes, el Sr. Rios Rosas, aquel gran tribuno, aquel gran carácter y aquel gran corazon, comenzó su discurso con este párrafo valiente:

«Cuando he oído el último parte leído por el señor ministro de la Gobernación, en que se refieren los actos heroicos de Estella, me he electrizado al ver que la España de 1873 es la España de 1834 y 1837. Cuando he oído ese parte, he adquirido la completa seguridad de que el tercer Pretendiente será confundido como lo fueron sus antecesores. (Grandes aplausos.) Esta España desgraciada ha sufrido mucho; puede sufrir hasta la anarquía por un período de tiempo; lo que no sufrirá nunca es el despotismo de D. Carlos ni sus descendientes; lo que no sufrirá jamás es la teocracia, la Inquisición. (Aplausos prolongados.) Es menester decirlo muy alto para que lo sepa la nación y para que lo sepa la Europa entera: ¡Jamás, jamás sucumbiremos ni á D. Carlos ni á los satélites de la antigua tiranía. (Delirantes aplausos.) ¡TODO MENOS ESOL!»

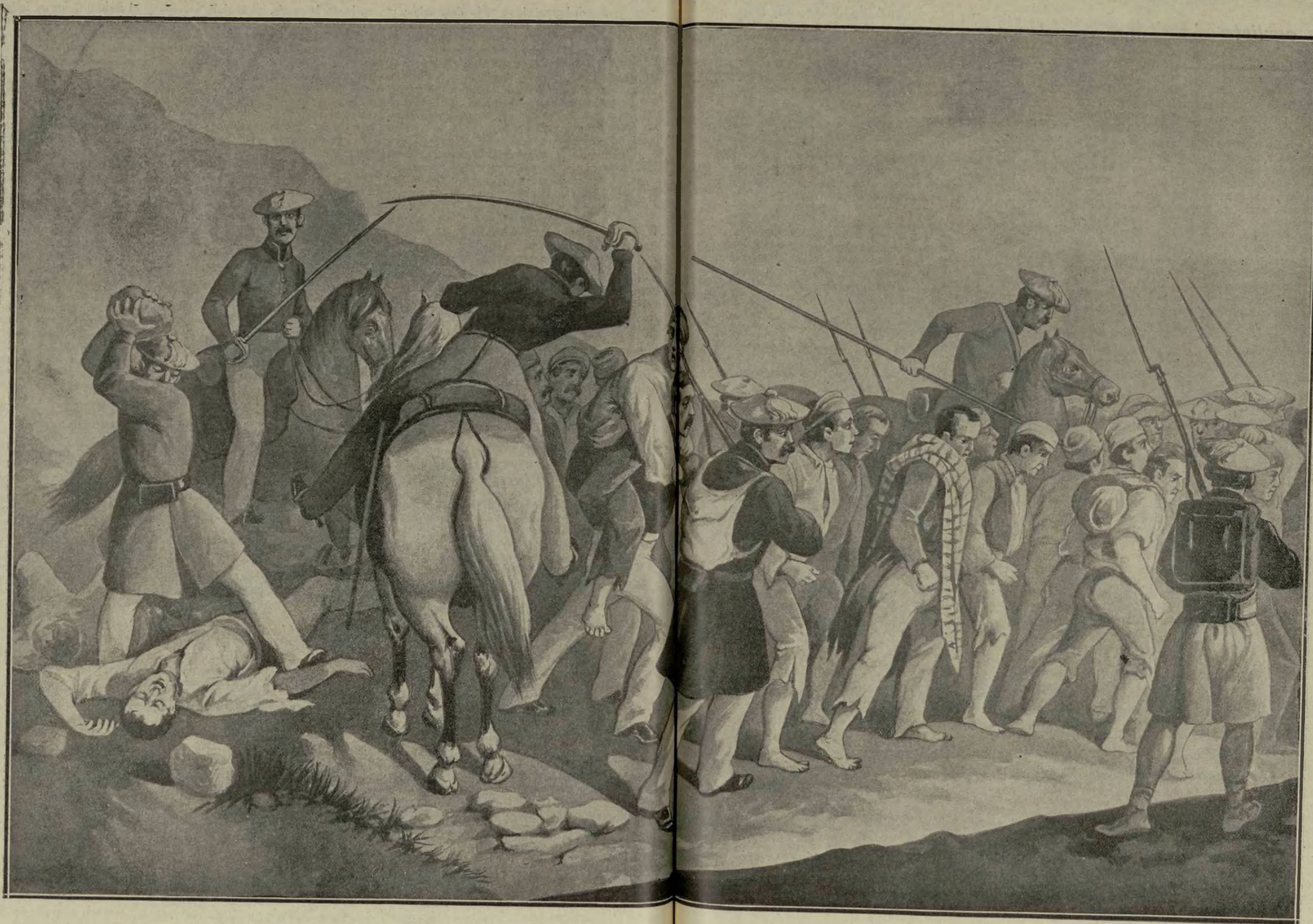
Al cuarto de siglo de haber pronunciado Rios Rosas esas palabras, y á pesar de que hemos caído muy bajo, y que la teocracia ha levantado la cabeza, y que los caracteres se han perdido, y que la fe está amortiguada, y que estamos sosteniendo dos guerras coloniales, una de ellas promovida por los frailes auxiliares del carlismo, y que las fuerzas están agotadas, y que nos vemos sin recursos, todavía podemos llegar á la tumba del orador enérgico y decirle:

«No valemos lo que la generación á que tú perteneciste; mas si para otras empresas no, para la de combatir al carlismo aún nos quedan alientos que nos permiten repetir con voz atronadora tu hermosa frase, é impedir que pueda ser por nadie desmentida:

¡TODO MENOS ESOL!»

1897

EL MOTIN



1837.--El coronel Alonso, cargando con los soldados que podían andar, para que no los asesinaran los carlistas.

Ayuntamiento de Madrid

La farsa carlista

El carlismo vive de la farsa y de la mentira como ningún otro partido en España.

Se titulan sus partidarios defensores de la religión, y profanan las iglesias asesinando en ellas a los liberales, incendiándolas cuando no pueden tomarlas y robando los objetos de valor que contienen, fundiendo las campanas para hacer cañones, mofándose de los eclesiásticos que van en sus filas y robando y asesinando a los que no se les unen.

Se proclaman guardadores de la propiedad, y despojan y saquean las poblaciones, queman las casas, talan los campos, destruyen el ferrocarril y el telégrafo, y los puentes, y las estaciones, y los coches de viajeros, y las mercancías, y todo lo que encuentran a mano.

Se dicen paladines de la moralidad, y blasfeman, fuerzan, violan sin respetar edad ni condición, siguiendo en esto el ejemplo del que jamás se detuvo ante respeto alguno para saciar sus brutales instintos, sus apetitos groseros: el que llaman su rey.

Hablan de patria, y convierten la suya en un montón de ruinas, matando a la vez su riqueza, impidiendo su prosperidad al paralizar la industria, el comercio y la agricultura, llevándola a la miseria por la despoblación, al aniquilamiento por la devastación, a la bancarrota por los enormes gastos que para combatirlos se ve obligada a hacer.

Ofrecen leyes descentralizadoras, y se rebelan contra los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra, porque les impiden saquearlas a sus anchas.

Truenan contra las perturbaciones del liberalismo, y estando en guerra, donde la unión se impone, se calumnian, se destrozan, viven en constante intriga y se odian como enemigos encarnizados.

En suma: que no practican nada de aquello en cuyo nombre se lanzan a la lucha, y agravan los males que España lamenta bajo la monarquía constitucional.

Y en cuanto a la conducta que siguen, nada pueden echarle en cara al partido monárquico que más haya prevaricado dentro del régimen liberal en lo de cometer exacciones, azos o robos; tan grandes y tantos han sido los suyos.

Por no tener los carlistas, ni siquiera tienen convicciones. Los más de ellos no han sabido nunca, ni lo saben hoy, por qué lo fueron y lo son. Unos, porque les gustaba la vida del guerrillero; otros, porque estaban descontentos del gobierno que mandaba; otros, porque lo eran desde el 35, época de positivas convicciones; otros, porque esperaban hacer más carrera; otros, porque su mala índole hallaba campo en las perturbaciones de la guerra; y si muchos continúan en el partido, es tan sólo por rutina, por amor propio, por compromiso y algunos por especulación.

Porque en definitiva, ¿puede esperar

España algo bueno, útil ni patriótico del carlismo? ¿Nuevas formas políticas? ¿Poder? ¿Honra? ¿Gloria? ¿Ciencia? ¿Arte? ¿Industria? ¿Comercio? ¿Agricultura? ¿Influencia internacional? No. Lo único que puede esperar son venganzas, suplicios, asesinatos, robos, incendios, violencias y saqueos de tro de España: des crédito, deshonra y horror, fuera.

Y siendo así, y estando convencidos todos que no puede ser de otra manera, ¿cómo se explica que la prensa liberal ayude a esas hordas, contándonos casi a diario lo que piensan, lo que proyectan, lo que D. Carlos dice, extraviando así la opinión y dando pretexto para que se crea que vivimos de la misericordia de esos trabucaires?

Duro es declararlo, pero sin el auxilio que les prestan los periódicos liberales, no se atreverían los carlistas a lanzar amenazas contra la Libertad, que todos amamos, ni a prepararse públicamente para la guerra.

Hora es ya de que esto acabe y de pensar en que ante el carlismo no debemos honrada y dignamente lanzar otro grito que éste:

¡Guerra de exterminio!

1897.

Lo que es el carlismo

El carlismo debe desaparecer, no sólo porque lo capitanea una familia indigna de estar al frente de cualquier partido, sino porque es una rémora de nuestra civilización y de nuestro desenvolvimiento político.

Mientras haya carlismo, habrá en España masas ignorantes, eclesiásticos batalladores, aventureros luto políticos, conjuraciones fanáticas, y guerras civiles prolongadas, estériles é inhumanas. El carlismo dificultará siempre todo adelanto político, económico y social, maleará el régimen parlamentario, enturbiará la libertad religiosa, perturbará el desenvolvimiento de la vida municipal y provincial, atrasará el vuelo de nuestra agricultura, industria y comercio; envenenará el estado de nuestra marcha científica, literaria y artística; nos impedirá fortalecernos y desarrollarnos, y nos tendrá relegados a esa categoría de nación decalada, débil, inerme, que por su causa ahora tenemos, debiendo mirar en silencio lo que en Europa se hace.

Si el carlismo fuese verdaderamente un partido de ideas, un partido nuevo, un partido de intereses nacionales, se haría mal en destruirlo, por no privar a España de un elemento que la animase y robusteciese. Pero el carlismo no es más que una agregación de intereses egoístas, de vanidades repugnantes y de rutinas seculares que nos debilitan y empobrecen.

¿Y qué se proponen hoy en día los carlistas? ¿qué idea, ni qué programa tienen? ¿qué esperan, ó en qué confían? Lo único que hacen es dar importancia al mentecato y cobarde D. Carlos, que se adorna con su adhesión, ayer para

lucirla en las orgías de baronesas falsas y de *cocottes* reales, y hoy para halagar a su segunda mujer, que le ha llevado una fortuna por la esperanza de alcanzar una corona que no ha de ver en sus sienas.

Si alguien pregunta a los carlistas por la idea que defienden, no pueden contestar sino que siguen a D. Carlos, sin justificar su vocación ni siquiera diciendo que el carlismo representa una idea nacional.

¿Qué son los carlistas en sí mismos? No son mas que hombres de armas tomar, sin recursos propios, ni dirección. Los que entre ellos discurren algo en política, saben que sus ideas son impracticables.

¿Tienen siquiera programa, saben a dónde van, ó los mueve una idea común? No. Viven solamente del odio y para el odio: se odian entre sí, y odian la libertad, y los fueros, y la religión, y todo lo que aparentan defender.

1897

Bibliografía

Almanaque ilustrado Hispano Americano para 1913.—Uno de los libros más amenos y económicos de los que publica la Casa editorial Maucci, de Barcelona, es el popular Almanaque cuyo título encabeza estas líneas.

Acabamos de recibir el del próximo año 1913, y nos ha bastado un ligero examen para reconocer lo expuesto.

Forman tan importante volumen 316 páginas de escogida y nutrida lectura con 248 perfectos grabados, en cuyo conjunto han contribuido las mejores firmas de hispano-américa.

Asuntos de palpitante actualidad, como la historia del Canal de Panamá, próximo a terminarse; el descubrimiento del Polo Sur; el mal de los aviadores, etc., alternan con infinidad de cuentos, artículos, poesías, anécdotas, historietas cómicas, chistes, cantares, notas científicas y de arte que hacen de este libro una verdadera enciclopedia por demás interesante.

Merecen también especial mención los estudios que en este libro se dedican a la actual expansión del castellano en el mundo, y a cuanto puede contribuir a la unión Ibero-Americana.

La bella cubierta alegórica al cromo de este Almanaque, pintada por Migue Navarrete, constituye un atractivo más por su originalidad y perfecta ejecución.

Precio del Almanaque: una peseta en todas las librerías.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA.

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, a 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

El proceso del Toisón

INTRODUCCION

Ningún proceso interesó tanto á la opinión pública en el último cuarto del siglo pasado, como el del *Robo del Toisón de Oro*.

Un pretendiente al trono de España, cuya ambición injustificada había hecho verter ríos de sangre y lágrimas y enconado antiguas llagas, acude á los tribunales de Italia, guiado por la fatalidad, para exhibir ante ellos su vida y su persona, y que acaban de conocerle los que, ciegos á toda luz y sordos á toda voz, no querían ver en él al hombre de baja extracción moral é intelectual, y sí únicamente al representante de sus ideas y aspiraciones.

D. Carlos y su corte aventurera é inmoral aparecieron en las actas de aquel proceso como eran, y esas actas de la verdad son las que hoy público.

Al leerlas, y más en estos momentos en que los carlistas se preparan á encender de nuevo la guerra civil, unos españoles se afirmarán en sus juicios sobre aquel funesto personaj; otros apartarán de sí el error en que han vivido y desecharán de su ánimo toda idea de reanudar pasadas contiendas en provecho del último representante de una causa que no merece sacrificio de ningún género; otros se aprestarán á combatir por todos los medios á los que tratan de encharcar nuevamente en sangre el suelo patrio.

Han pasado treinta y cinco años desde aquel célebre proceso, y los que siguieron su curso con la atención que inspira la oportunidad, lo han olvidado ya. Para refrescar su memoria y para que la joven generación sepa quién fué el representante de la idea absolutista, reproduzco los innumerables incidentes de aquel suceso escandaloso, del que tan mal parado salió D. Carlos, al demostrarse á la faz de Europa de lo que era capaz el hombre que aspiraba á ser rey de España contra la voluntad nacional.

Lea el público digno y honrado este proceso, y acabará de comprender lo despreciable que era el que fué ídolo de aquellos carlistas que no lo conocían personalmente ó no les daba por *incurrir en la fatal manía de pensar*.

Nada digo por mi cuenta: hablan

los carlistas y habla la ley. Nadie, por consiguiente, podrá tacharme de parcial ni apasionado.

EL ROBO DEL TOISON

Antecedentes

Al huir D. Carlos de Rumanía en Octubre de 1877 por miedo al desafío con el coronel Petrovano, se dirigió á Viena. Le acompañaba un joven catalán llamado José Suelves, que se titulaba su ayudante de órdenes, y al que el Pretendiente había dado el título de vizeconde de Monserrat, como podía haberlo titulado gran duque de Trapisonda; un camarero, Lorenzo Arbulu, navarro imbecil y salvaje que había ido en la horda de asesinos del cura Santa Cruz y de cuyas brutalidades se reía mucho su amo, y D. Carlos González Boet, general carlista que había sido teniente coronel del ejército en Cuba y que por aquel entonces era secretario general del Pretendiente, llevando en realidad la dirección de partido después de la guerra.

El objeto principal del viaje de D. Carlos á Viena era recamar á los testamentarios de su tío el duque de Módena la parte que re-ataba del legado que le había hecho, que consistió en un millón de francos que él se comió en poco tiempo, y una joya que podía escoger entre todas las suyas como recuerdo de familia.

D. Carlos había solicitado un magnífico Toisón, valuado en un millón de pesetas; mas como este presente resultaba desproporcionado comparándole con la suma del dinero heredado, se le había ofrecido en cambio otra joya de unas 30.000 pesetas, que rehusó indignado.

Entonces pidió otro Toisón que valía unas 85.000 pesetas; y aunque el archiduque Carlos de Austria, padre y tutor del heredero universal del difunto no quería dárselo, se entablaron negociaciones que aún no habían producido resultado cuando D. Carlos llegó á Viena con toda su comitiva.

Su presencia aceleró las negociaciones, redobláronse las súplicas é instancias hasta que al fin el archiduque Carlos cedió, y á principios de Noviembre remitió el Toisón, que fué en seguida entregado á don Carlos.

Partió entonces éste con todo su acompañamiento para Grat, donde vivían su madre y su hermano don Alfonso con D.^a María de las Nieves; se hizo retratar con el Toisón, y pocos días después entró en Italia de vuelta á Francia. Detúvose en Venecia unos días y pasó á Milán, á donde llegó en primeros de Diciembre, alojándose en el *Hotel de la Ville*.

El robo

El día 13 de aquel mismo mes y año, al terminar su almuerzo con el conde Galvani en Milán, despidió D. Carlos á Boet y á Suelves, que habían comido con ellos, y para pasar un rato mandó traer á su criado Lorenzo unos uniformes suyos y el Toisón del duque de Módena, que quería enseñar á Galvani.

Arbulu volvió con el semblante descompuesto y la voz temblorosa, diciendo que faltaba el Toisón, y que, según todos los indicios, había sido robado. D. Carlos se mostró estupefacto, y Galvani asombrado.

Preguntado Lorenzo sobre la forma en que guardaba el Toisón, dijo que lo tenía cerrado en el estuche, éste dentro de una cartera de viaje cerrada con llave, la cartera guardada en un mueble del hotel cuando llegaban á una ciudad, y llevando él siempre las llaves del cuarto metidas en el bolsillo, juntas con las del estuche y la cartera, que no dejaba un momento.

Examinóse el estuche, la cartera y el mueble, sin encontrarse el menor indicio de haber sido forzados, con la particularidad de que en la cartera había una buena cantidad de dinero en oro, que el criado había hallado intacta, pareciendo muy extraño que los ladrones, al coger el Toisón, no se hubiesen también apoderado de ella.

Lorenzo no daba ninguna explicación de tan extraños sucesos; reconocía no haberse olvidado un momento en ninguna parte de las llaves del estuche de la cartera y del mueble; no haber visto nunca en torno del aposento donde tenía aquellos objetos, que era un cuarto de dormir, ninguna persona sospechosa; y, finalmente, tampoco podía indicar dónde y cuándo se lo habrían robado.

D. Carlos corrió en seguida á denunciar el robo á la policía, que lo puso inmediatamente en conocimiento de la Audiencia, y el juez correspondiente comenzó á instruir las primeras diligencias, tomando declaración á D. Carlos, Lorenzo, Arbulu y José Suelves, el ayudante de órdenes.

En todo esto sobresalían dos particularidades notables: primero, que D. Carlos no diese parte del suceso á los representantes ni á los empleados del *Hotel de la Ville*, á pesar de ser lo primero que en semejantes casos hacen todas las personas robadas; y segunda, que á pesar de la gran representación que el señor González Boet tenía al lado de don Carlos, ni la policía ni el juez lo llamasen, como habían hecho con Lorenzo Arbulu y José Suelves, que ocupaban cargos muy inferiores. D. Carlos, no sólo dejó á su secreta-

rio completamente tranquilo, sino que procuró que la justicia no lo mezclase en la causa, lo que logró fácilmente.

Hízose pública la noticia del robo, y la prensa la propagó por Italia y el resto de Europa.

En el *Hôtel de la Ville* causó maravilla y extrañeza el hecho, y habiendo el director, Sr. Baer, hablado del caso con José Suelves, éste le declaró de parte de D. Carlos que no se sospechaba de su establecimiento.

La prensa, juzgando el caso á la ligera y con pocos datos, creyó de buena fe lo del robo, y lo contó detalladamente con más ó menos inexactitudes. El público italiano lo creyó también. Voló rápidamente la noticia por Europa y en todas partes obtuvo la misma fe. Todo el mundo quedó convencido de que habían robado el Toisón á D. Carlos, alegrándose los liberales y sintiéndolo los carlistas de España y los absolutistas del extranjero.

El juez encargado de las diligencias entrevistaba en el fondo del suceso un misterio que le llamaba mucho la atención; pero fascinado por la posición del Pretendiente, no sospechó que le engañase; creyó que el robo era cierto, y que debía ser doméstico, atendidas las explicaciones de Lorenzo, á quien juzgó el ladrón, habiendo pedido noticias de éste á D. Carlos; mas se las dió tan buenas, que no supo á qué atenerse y quedó persuadido de que el robo aquel era de lo más raro que jamás hubiese visto, y que no había medio de traslucir quién lo hubiese hecho, cómo ni dónde.

Sospechas fundadas

Descubierto en Milán el robo del Toisón, D. Carlos con sus acompañantes se dirigió á Turín, donde se detuvo un poco, y de allí siguió á París, siempre acompañado de Boet, Suelves y Arbulo.

Llegaron á París á últimos de Diciembre, y Boet, que hacía mucho tiempo estaba separado de su familia, se dirigió á Bayona, donde la tenía, para pasar con ella las fiestas de Navidad.

Pocos días después, ó sea á primeros de Enero de 1878, la señora de Boet comenzó á vender diamantes á los joyeros de Bayona, hasta la suma de 5.700 francos, y estas ventas repetidas acabaron por llamar la atención de los joyeros, quienes sospecharon que los diamantes pudieran haber formado parte del Toisón tan misteriosamente robado en Milán, y la gente dió en murmurar que quizá el ladrón no era tan desconocido como se creía. Y como desde el principio se había tomado aquel por un robo doméstico, la opinión

pública lo dió por confirmado al considerar que Boet acompañaba á D. Carlos como su secretario político y consejero de confianza.

La prensa de la localidad se apoderó de la noticia de la venta y de las murmuraciones aquellas, renovando de un modo inesperado ante Europa el ya amortiguado interés del robo misterioso, y todo el mundo creyó que verdaderamente se había descubierto al ladrón, y que éste era el general Boet.

En los partidos liberales se recogió el indicio con alegría, por ofrecer un arma contra los hombres del absolutismo: la idea de que don Carlos hubiese sido robado por el mismo jefe de su partido, era una de las cosas más divertidas y ejemplares que jamás se habían visto.

Europa estaba tan acostumbrada á ver á los carlistas apoderarse de lo ajeno, que creyó muy natural el suceso; lo único que hizo gracia fué que esta vez la víctima fuese cabalmente el representante de Dios en tierra de España.

Pero los hombres honrados que conocían al señor Boet, de cualquier partido que fuesen, oyeron esto con asombro, y dudaron de la exactitud de la acusación: aunque sabían que era pobre y estaba apurado, no pasaban á creer que hubiese robado el Toisón.

Sin embargo, las noticias de la venta eran ciertas; la procedencia de los diamantes también lo parecía; todo lo cual redundaba en desprestigio de Boet, y por consiguiente, producía gran suspensión en el ánimo de sus amigos y antiguos compañeros de armas en Cuba, entre los cuales figuraban los generales Martínez Campos, Polavieja y Salcedo.

Boet entretanto había sido desterrado de Bayona por las autoridades francesas creyendo que conspiraba, y vivía en la granja de un marqués legitimista. Supo por los diarios las voces que circulaban en Bayona sobre la venta de los diamantes, y pidió permiso á las autoridades para volver á su casa, el cual no alcanzó.

Mientras tanto de casa de D. Carlos se avisaba al juez de Milán denunciando al presunto ladrón, y el juez expedía requisitorias á Francia para que se buscara y arrestase á Boet.

De repente Boet envía el 10 de Marzo á D. Carlos un gran paquete de diamantes por medio de un tal Retamero, ayudante suyo en la guerra carlista, reconociendo que aquellas piedras preciosas y algunos trozos de metal que las acompañaban pertenecían al Toisón del duque de Módena; y en casa de D. Carlos se recibió el envío en el mismo concepto, exigiéndose la devolución de

otras piedras que faltaban y que se sabía no habían sido vendidas.

Poco después las autoridades francesas arrestaban á la señora de Boet y á la madre de ésta por la venta de los diamantes: interrogadas, declararon que se les había dado orden de venderlos, previniéndolas que, si les preguntaban por la procedencia, contestasen que procedían de América.

Los indicios no podían ser más claros contra el general carlista, y todo el mundo se confirmaba en la idea de que D. Carlos había sido robado por su partidario de más confianza y de más alta posición política.

A pesar de esto, en la sombra se observaban cosas extrañas desde que empezaron á crecer aquellas voces. Aunque D. Carlos y D.^a Margarita, con los que formaban su corte, hablasen de Boet como del verdadero autor del robo, se notaba en ellos unas iras y venidas, unos cuchicheos, unos misterios y enredos que complicaban y oscurecían el suceso.

A cada instante enviaban y recibían cartas y telegramas, partía y regresaba gente, y había conferencias y consejos secretos. ¿Qué pasaba? ¿Por qué tanta sombra en cosa al parecer tan clara? Nadie se daba respuesta satisfactoria.

En esto una pareja de gendarmes franceses llegó á la posesión donde moraba Boet, y al preguntar por él, le contestaron que había marchado á Rusia. Los gendarmes registraron aquella finca y otra cercana, sin hallarle, y levantaron acta de las diligencias.

Boet en Roma

Todo, pues, parecía indicar que Boet era el autor del robo de la joya; pero había en este suceso, como he dicho, algo extraño é inexplicable que le daba aspecto sombrío é imponente.

Transecurrió el mes de Abril sin conocerse el paradero de Boet ni saberse sino que su esposa y su suegra continuaban presas. De repente, cuando menos se esperaba, con asombro y estupor generales, el desaparecido aparece en Roma á primeros de Mayo; se presenta en el consulado y en la embajada española, declara su personalidad, y dice que va á ponerse en manos de la justicia italiana, como acusado del robo del Toisón de D. Carlos.

La noticia produjo general asombro: se preguntaban cómo un hombre que había logrado burlar la persecución de la gendarmería francesa, se entregaba después á las autoridades italianas tan tranquilamente; cómo un acusado que podía haber huido á América sin impedimento algu-

no, había preferido atravesar de incógnito Francia é Italia para ir á Roma; cómo, teniendo en su mano salvarse, se ponía en mano de sus perseguidores. No era remordimiento, porque el viaje y la llegada habían sido demasiado misteriosos. ¿Qué era, pues?

Boet sacó pronto á todo el mundo de dudas, haciendo revelaciones que levantaron en toda Europa un grito de asombro. El que había robado el Toisón de D. Carlos... ¡era D. Carlos mismo!

Necesitaba dinero para sus vicios, para mantener á las ramerías dueñas de su corazón, y á fin de vender la joya sin que lo supieran su mujer y su familia, había fingido en Milán el robo, no vacilando en hacer caer luego la culpabilidad sobre Boet.

Don Carlos no tenía entrañas: repetía continuamente, como resabio de su fatal educación, que así como los naipes se inventaron únicamente para distraer á Carlos VII en Francia, que estaba demente, Dios había creado á los hombres para divertir á los reyes.

Lo que Boet dijo produjo gran escándalo: casi toda la prensa europea lo reprodujo y lo comentó extensamente. Acusaba con toda claridad á don Carlos de haberse robado á sí mismo el Toisón de oro, y hacía una terrible pintura del partido carlista.

«Cuando volví á España, escribía, para unirme al partido carlista y afiliarme á su bandera, creía de buena fe que aquel partido poseía aún las virtudes de la Edad Media; y como estaba convencido que mi patria necesitaba un gobierno fuerte, moral y severo, me sentía feliz al poder consagrar á aquella causa mi espada y mi vida, por poco que valiesen.

Pero grande fué mi dolor cuando al entrar en Estella pude observar el desorden y la inmoralidad que reinaba entre aquella gente. ¡Entonces me fué dado comprender cuan exageradas habían sido mis ilusiones! Tenía ante mis ojos todos los vicios de la Edad Media y ninguna de las virtudes de aquella época.

Desde aquel momento no fui ya carlista de corazón; el entusiasmo me había abandonado: sin embargo, obligado por los deberes que me imponía la conciencia, y ya que había abrazado aquel partido, formé el propósito de sufrir las consecuencias todas de mi determinación y de mostrarme en cualquier circunstancia lógico conmigo mismo, leal é incorruptible. Los españoles todos son testigos de la tenacidad con que permanecí fiel á la causa carlista, y de que la defendí con las armas en la mano.

En el ejército era tan grande el desorden, que mis esfuerzos eran impotentes para corregirlo. La causa principal de ese mal era D. Car-

los que, sin talento, sin educación militar, de malas costumbres y lleno de orgullo, hacía estériles los esfuerzos de todos. Así sucedía que los sacrificios que el partido hacía y los sacrificios que el extranjero enviaba, eran absolutamente inútiles.

Sin las operaciones que verificamos en nuestra retirada, la campaña del Norte hubiera terminado de la manera más ignominiosa para la causa en general y para D. Carlos en particular; porque en aquella ocasión se mostró tan pusilánime, que admiró á todos por su cobardía.

Pero era nuestro jefe; era jefe del partido carlista, y era preciso salvarle á todo trance, salvarlo del descrédito y de la vergüenza, ó el partido hubiera desaparecido. Moral y materialmente, fui yo quien cubrió la retirada.

D. Carlos, influido por mi popularidad entre nuestros partidarios, me colmó de atenciones y me propuso la dirección de su cuarto mil ar.

Aquí empieza la segunda parte de mis sacrificios. Para aceptar aquel cargo me era preciso resignarme á pasar toda la vida en el destierro. No se me ocultaban, por otra parte, los inconvenientes que para mí tendría vivir con un hombre de costumbres tan corrompidas y de un cinismo tan grande; pero me decidí por fin á aceptar, para seguir la tarea que me había impuesto en la campaña, es decir, para contenerle, prevenirlo, dirigirlo y aconsejarle; en una palabra, para neutralizar, en cuanto de mi parte estuviera, los malos efectos de sus extravíos, y para ocultar en lo posible aquellos que no hubiera podido evitar. Preveía que entregado á sí mismo y á merced de sus pasiones, lo escandaloso de sus costumbres llenaría la Europa y sería bastante para matar al partido. Me sacrifiqué, pues, para salvar á nuestro jefe de aquel naufragio.

Mi primer cuidado fué disminuir los gastos de D. Carlos; es difícil formarse una idea exacta de su manía de tirar dinero... Aparte los gastos de su casa, gasta él sólo sumas fabulosas. ¡Y qué manera de gastarlas! No hay mujer de costumbres ligeras en París ni en Viena que no lo conozca íntimamente.

Estos hechos son tanto más graves y condenables, cuanto que el partido carlista es pobre en extremo. No puede tenerse ni la más remota idea de la miseria de los carlistas...

Boet narra después el viaje que hizo con D. Carlos por Europa, y termina así:

«No me detendré á relatar la innumerable serie de mortificaciones y de ultraje que se vió obligado á sufrir en su viaje, á causa de su falta de delicadeza y de tacto. Recibió severas lecciones de reyes y de

príncipes, y fué objeto de mofa y de desprecio por parte de gente inferior á él.

Mis esfuerzos no fueron bastantes á evitar su descrédito como soldado, como caballero y como hombre.»

Manifiesto de Boet

En Mayo de 1878 Boet lanzó desde Turín un Manifiesto, anunciando á todo el mundo la verdad de lo ocurrido. El documento no podía ser de evidencia más abrumadora.

Después de la lectura, D. Carlos resultaba cubierto de inmundicia. Basta fijarse en la claridad con que habló Boet para convencerse de que decía verdad.

He aquí el documento, digno de ser leído y releído cada vez que los carlistas intenten perturbar nuestra patria.

Á MI PARTIDO Y Á MI PAÍS

«He cubierto dos veces la retirada de D. Carlos de Borbón: la primera cuando abandonó el Norte de España y se refugió en Francia; la segunda á orillas del Danubio, en Turnie-Magurele, cuando después de haber prometido al coronel rumano Petrovano que se batiría con él, no tuvo resolución para ello, ni aun á instancias de una dama que le recordaba su palabra de honor empeñada.

Que cubrí la retirada á D. Carlos de Borbón la primera vez en el Norte, lo dirán los testigos de nuestras luchas civiles: que le cubrí la segunda salvando la apariencia de su honor en el Danubio, puede atestiguarlo el acta que, firmada por cuatro caballeros, posee el coronel Petrovano y que tuve que arreglar con el Sr. Floresco.

D. Carlos ha querido últimamente que le cubriese una tercera vez la retirada, pero dejando en ella mi honra. Esta vez y cuando he agotado todos los miramientos que debía al príncipe á quien he servido, todos los sacrificios como hombre de partido, todas las consideraciones que me merece su respetable familia, cuyas vanas gestiones no han podido evitar el escándalo; cuando he consumido todos mis recursos para salvar mi honor en el terreno privado, relevado de todo respeto humano, presa por culpa suya la persona más querida de mi familia y vilipendiado mi nombre ante la opinión pública, tengo el derecho de ser inexorable. No cubriré más tiempo las retiradas de D. Carlos: esta vez soy yo quien corte la suya al fugitivo del Norte y del Danubio.

Al escapar D. Carlos de sus orillas se encontraba, como hace tiempo, en deplorable estado de recursos, ya por su agitación y conspiración constante, ya por otros gastos me-

nos justificables á los ojos de su partido y de su familia, habiendo contraído urgentísimas y sagradas deudas—no habiendo de las que tenía conmigo—cuya existencia probarán bien pronto los tribunales de justicia.

En esta situación, y no surtiendo efecto cuantas peticiones de dinero hacía constantemente, amonestado por los miembros de su familia por sus gastos, muy en desproporción con sus recursos, concibió el proyecto de alcanzar una de las joyas más ricas de la herencia del duque de Módena, ó para enajenarla después, ó para levantar fondos sobre su garantía.

Un archiduque de Austria era el heredero universal del duque de Módena; pero los herederos secundarios, D. Carlos, D. Alfonso y demás, tenían derecho á recibir un objeto como recuerdo de aquel príncipe. D. Carlos, poniendo siempre por delante á su administrador, se fija primeramente en un magnífico Toisón de oro, valor de un millón de francos, y cuando pierde la esperanza de lograrlo, en otro segundo de menor precio, pero que vale ochenta mil.

Para facilitar su plan se vale de pretextos con los cuales pudo esforzar más las gestiones á fin de alcanzar el que deseaba, y al cual llamaba el *As de oros* de su tío, aludiendo á ciertos recuerdos de la orden fundada por los príncipes de Borgoña. Obtuvo á costa de toda clase de exigencias y humillaciones, pero no sin que algunas de las personas más respetables de su familia, sabiendo sus despilfarros, no concibiesen sospechas sobre el futuro y verdadero destino del rico Toisón, que en vano se intentó enviar á París á D.^a Margarita.

Dueño ya de esta joya, concibe en Viena y fomenta en el mismo Gratz, al lado de su madre y de su hermano D. Alfonso, el plan que desarrolla en Venecia y en Milán.

Le acompañaban en sus viajes, juntamente conmigo, su oficial de órdenes, su criado Lorenzo y una dama húngara, artista en Pesth, baronesa en Italia. Como públicamente no era posible ni vender ni empeñar las piedras preciosas del Toisón, porque esto habría hecho completo el rompimiento que ya amenazaba con el conde de Chambord, con su esposa, con su madre y con sus hermanos, inventa la desaparición por medio de un robo simulado de esa alhaja, insistiendo en este proyecto á pesar de cuantas consideraciones le expuse sobre la gravedad de sus posibles consecuencias, proponiéndole otros medios para reunir aquellos fondos que realmente reclamaba su desesperada situación financiera.

Inútiles mis consejos. Decidido

D. Carlos á obrar aun sin mi concurso, estrechándose las distancias financieras, y teniendo yo mismo sumas por cobrar de D. Carlos que imperiosamente necesitaba mi familia en Bayona, tuve la debilidad de acceder á sus deseos aunque sin mezclarme para nada en la farsa del robo del Toisón, y exigiendo no se me llamase á declarar judicialmente si tales declaraciones tenían lugar.

La titulada baronesa, á quien sólo he citado por ser absolutamente necesario para explicar lo sucedido, se encarga del Toisón en Milán. D. Carlos, merced á deferencias de todo género, dispone á su merced de su criado Lorenzo, y á los pocos días de nuestra estancia en el *Hotel de la Ville* de Milán, convida D. Carlos á almorzar una persona respetable que había sido mayordomo de su madre, y cuyo testimonio debía pesar mucho en Gratz, Frohnsdorf y Viena.

Al enseñarle después del almuerzo uniformes, armas y condecoraciones, se advierte la pérdida del Toisón, no obstante estar encerrado en un estuche especial y bajo dos llaves más.

Dada cuenta á la policía, el juez, que desde el primer momento se ha mostrado receloso, toma diferentes declaraciones sin que nadie le advierta debe hacerlo á la baronesa y registrar el estuche de sus joyas donde se había hallado el Toisón.

Pasan algunos días, y D. Carlos, que no ha mostrado gran preocupación por el robo de joya tan preciosa, parte con su séquito y reunido ya á la baronesa, para Turín y París.

El 23 de Diciembre, y en el café Richer, recibo de D. Carlos la misión de preparar una persona para ir á Madrid á vender allí los brillantes del Toisón así que recibiere un aviso, diciendo D. Carlos que en España no hay policía y que el concurso de gran número de extranjeros ricos con motivo del regio enlace, facilitarían su colocación.

De nuevo insistí en los peligros de empresa tan aventurada, aconsejándole que en caso de no poder adquirir por otros medios recursos que en realidad eran urgentísimos, se vendiesen los brillantes en Inglaterra.

A estas reflexiones, como á las que envié desde Bayona y Tolosa, con Carlos contestó con autógrafo terminante, siendo lo más inicuo que, habiendo yo exigido como condición indispensable para encargarme de la venta que todo proceso hubiese cesado, me avisó en los términos más absolutos que la causa de Milán había terminado completamente por su intercesión. La falsedad de esta noticia, que supe meses después, hizo que yo comprometiese á una perso-

na de mi familia, y que haya continuado en esa inteligencia hasta el último momento.

D. Carlos cree quemados sus autógrafos, según orden suya, pero las cenizas pudieran enrojecerse y hablar ante el imperio de la verdad y el fuego de la indignación que suscita tan incalificable perfidia.

Explicaré también ante los tribunales sus agasajos á su ayuda de cámara, su separación preparatoria de la dama que lo acompañó antes y después en Gratz, en Turín, en Venecia y en París; mientras yo, al presentarme por primera vez á los magistrados de Milán, explicaré toda mi conducta, diré mi pobreza de hoy que mal se aviene con el hecho de tener en mi poder ó en el de mi familia los brillantes cuya desaparición quiere hacer recaer sobre mí, cuando desde Tolosa y por personas que declararán también ante la justicia, se los devolví todos, sin lograr que confesase la verdad, excepto aquellos pocos que por su orden, y para cubrir atenciones urgentísimas, enajenó en Bayona una persona de mi familia, víctima de mi confianza en D. Carlos.

Demstraré con pruebas que he podido proporcionarme recursos sin responsabilidad alguna, desprendiéndome de elementos que estaba en mis facultades utilizar, no habiéndolo realizado por no fiutar al interés de la causa que he servido, y que no es culpable del triste jefe que la representaba.

Ultimamente, el hecho de presentarme ante los jueces de una nación extranjera sin recursos ni protección, cuando pudiera disfrutar en Europa ó en América el fruto de los hechos de que D. Carlos me acusa, habla con elocuencia irrefutable. Los tribunales, ante los cuales los príncipes tienen que presentarse también á responder de sus actos, quedan en el uso de la palabra, y yo sólo suplico á las personas imparciales que esperen el fallo de la justicia.

Conozco hace tiempo á D. Carlos, pero creía se trataba sólo de ciertos defectos de la juventud, de una especie de enfermo que necesitaba cuidados; pero me he encontrado con un mentecato en la forma y con un malvado en el fondo. Ha llegado á tal estado de degradación, que esto mismo lo hace inviolable.

Al ir á Oriente, le dice en Viena el archiduque Alber o que los curiosos e-torban á veces en los ejércitos, y que debe pedir permiso para ir al campamento ruso. Escribe al gran duque Nicolás y al príncipe Carlos de Rumanía, y no le responden; me hace poner telegramas, y no son contestados. Marcha sin embargo á Ploesti, donde el emperador de Rusia lo invita á comer

como á todo viajero de su clase, pero haciéndose el desentendido cuantas veces le ofrece D. Carlos acompañarle, hasta que después de comer tiene que decirle catagóricamente el príncipe de Gorschacoff, en términos poco amables, que debía marcharse y que habría sido mejor que no hubiese ido.

D. Carlos, sin embargo, se queda, no para ganar una condecoración honrosa que la Rusia no le ha dado, sino para desaparecer en el momento más crítico y por libertarse de un lance en el que salvó todo menos el honor.

Muchas veces le he oído decir que había matado de un disgusto al ilustre hombre político Aparici y Guisado, que tanto hizo por él. A don Carlos no se le puede matar de un disgusto, porque ha perdido el sentido moral, y no se le puede matar de otra manera, porque huye cuando se le busca.

Turín, 8 de Mayo de 1878.

CARLOS G. BOET.

Declaración de Boet

La publicación de este Manifiesto causó en Europa sensación inmensa; centenares de periódicos se apresuraron á reproducirlo y comentarlo, estimándolo como un suceso político de gran trascendencia.

En el campo carlista y en el legitimista hubo un momento de estupor y miedo. ¿Sería cierto lo que decía Boet? El conocimiento que tenían de las costumbres y carácter de D. Carlos les hacía titubear y temerle; mas pensando en que el descrédito de D. Carlos era el de las ideas monárquicas, y aun conociendo de lo que el sujeto era capaz, salieron al fin en su defensa.

Así, pues, levantáronse como un sólo hombre, y arrojándose sus periódicos sobre el Manifiesto, atacaron al autor con la mayor virulencia. Boet se defendió irónicamente, reservando sus argumentos para los tribunales.

Los diarios españoles hicieron observar á los carlistas que la fama de D. Carlos había siempre sido muy turbia, y que si Boet era un maldito, tal como ellos declaraban, al salir de las filas del ejército regular no debieron haberlo admitido en las suyas, ya que se creían el partido más honrado de España.

La polémica cesó por haber dicho Boet en su réplica que, teniendo ya la palabra los tribunales, él no la tomaría más. Sin embargo, la prensa carlista y legitimista continuó hostilizándole de firme.

Avisada la Audiencia de Roma de la presencia de Boet en dicha ciudad y de sus deseos de hacer declaraciones, nombró un juez que se las toma-

ra. Boet compareció ante él y declaró:

Que D. Carlos no había sido robado, sino que había fingido el robo; que el motivo era la necesidad de dinero para atender á sus calaveradas, sin exasperar á su familia, la cual estaba indignada ya de sus excesivos gastos; que una de las circunstancias que más le movieron á hacer aquella comedia era haber contraído relaciones en Viena con una cantante de café, húngara, á la cual hizo baronesa de Samoggy, y prometió llevarla á París é instalarla con 24.000 francos al año, sin los regalos, y que desde Viena á París había viajado siempre con ella.

Que D. Carlos le había consultado la idea del robo fingido, que él reprobó terminante y enérgicamente; que había hecho la comedia de robo con la cooperación de la baronesa y Lorenzo Arbulo, y que la combinación que había urdido era la siguiente: hacer adelantar al suyo el viaje de la baronesa desde Venecia á Milán, con objeto de que él gase como una persona extraña á la comitiva, tomase un aposento diferente del que él tomaría para sí, permaneciendo allí sin darse por entendida de nada, y una vez declarado el robo, partiese para Turín también sola. De este modo, mientras D. Carlos denunciara la falta de la alhaja, la Samoggy podría guardarla sin infundir sospechas; y aunque se registrasen los equipajes, no se hallaría nada.

Que la baronesa cumplió las órdenes de D. Carlos, y en Venecia se separó de él para ir sola á Milán; pero que cuando el Pretendiente quiso hacer la comedia y le encomendó la custodia del Toisón, se resistió enérgicamente y hubo entre ambos una escena violenta en el aposento de ella; y que si al fin la obligó á ayudarle, fué amenazándole con echarla en seguida á la calle.

Y que á fin de que el robo fingido fuese más difícil de descubrirse, don Carlos mandó á Lorenzo que dijera siempre que de Gratz hasta Milán no había abierto nunca la cartera de viaje donde llevaba la joya y que, imaginando que contenía el Toisón por el peso del bulto, nada había sospechado antes. Así calculaba que la justicia, ante la declaración de un robo tan oscuro y difícil de localizar, se adormecería y dejarían de hacer activas diligencias que le comprometiesen.

Continuando Boet sus declaraciones, añadió que no queriendo mezclarse en tan feo asunto, había advertido al Pretendiente que no declararía en la causa que resultase de todo aquello, pues si le llamaban, daría unas contestaciones que no le gustarían nada; y que por esto don Carlos procuró que ni la policía ni el juez de Milán le citasen é hicie-

sen comparecer; pero que después se vio envuelto en la cosa, porque como el Pretendiente no quiso que la baronesa fuese á Turín con el Toisón en su poder, ni se atrevió á guardarlo en sus habitaciones por continuarse las diligencias judiciales, se lo entregó á él, y después le encomendó que lo desmontara y lo vendiera, lo cual se vio obligado á aceptar, á pesar suyo, porque don Carlos le debía unos 18.000 francos de honorarios que nunca le pagaba y se convino en que se los cobrase de la suma que sacara del Toisón.

Para proceder á la venta, añadió Boet, el Pretendiente debía ante todo hacer sobreeser la causa de Milán y enviarle unos billetes escritos de su puño, con estas contraseñas: *«tenas sin capucha»*, pues D. Carlos llamaba *As de oras* al Toisón. Si le escribía *no tengas as*, debía suspender la venta.

Estas contraseñas habían sido necesarias, porque al regresar á París Boet se fué á Bayona, y por orden de D. Carlos se llevó el Toisón desmontado con el objeto de preparar lo necesario para enviarlo á Madrid á una persona de confianza que vendiera los brillantes.

Dijo además Boet, que como su familia debía mucho dinero en Bayona y al partir él para esta ciudad D. Carlos no pudo darle dinero, acordaron que si no le enviaba pronto una cantidad para ir á Madrid, vendiese algunos diamantes y emplease su importe en entretener á sus acreedores y hacer el viaje.

No habiendo recibido dinero ni cartas de D. Carlos, vendió algunos diamantes por medio de su esposa, y al fin, hallándose desterrado en los contornos de Tolosa, recibió de D. Carlos las contraseñas para que procediese á la venta del Toisón; pero como él le contestase que le parecía más natural que la venta se hiciese en Londres, D. Carlos le envió otras contraseñas, insistiendo en que lo hiciese en Madrid.

Sucedió entonces que los diarios de Bayona empezaron á dar publicidad á la venta de los diamantes con maliciosas suposiciones contra él; y tanto por esto como por otros motivos, pidió instrucciones á don Carlos sobre lo que debía de hacer, rogándole que observase que los rumores de aquellos diarios le comprometían en extremo. El Pretendiente no le contestó.

Algunos días después, D.^a Margarita, por conducto de su secretario Esparza, le envió á un ayudante que tuvo Boet en el Centro, Francisco Retamero, que ejercía de farmacéutico en Tours, con objeto de saber si tenía los diamantes del Toisón; y Boet dijo al juez que, teniendo ciega confianza en este Retamero, le contó cuanto había ocurrido y le pidió que

se encargase de llevar dos cartas á D. Carlos, una larga, donde le hablaba de cosas generales, y otra corta que se refería al Toisón; que las copiase antes de entregarlas y luego le enviase las copias junto con una relación de lo que hubiese hecho y dicho D. Carlos al leerlas.

Según Boet, Retamero cumplió el encargo y D. Carlos leyó con mucha atención la carta breve, y contestó que estaba bien; pero que habiéndole exigido poco después don Carlos que devolviese los diamantes, le envió el 2 de Marzo los de menos valor por conducto del mismo Retamero.

La conducta de D. Carlos pareció sospechosa á Boet, y empezó á temer una mala partida con el objeto de que no se descubriese que había sido simulado el robo para vender la alhaja á escondidas, y entonces formó el propósito de denunciar el hecho á las autoridades judiciales francesas; pero al saber que habían sido arrestadas su esposa y su suegra, se contuvo, aplazando para más adelante el justificarse y vengarse, y que al fin se presentó en Roma, poniéndose á disposición de la justicia.

El señor Boet entregó al juez las contraseñas que había recibido de D. Carlos para que vendiese el Toisón y las indicaciones escritas de que lo hiciese en Madrid, así como algunos borradores de cartas suyas, y una memoria de acusación contra D. Carlos, pero no entregó documentos ni pruebas directas.

El juez, hombre de una facha in noble, le escuchó siempre con hostilidad, se mostró incrédulo y sólo tomó interés en preguntarle constantemente cómo pensaba probar tal cosa y tal otra.

Sospechó de esta conducta Boet y púsose en guardia, se reservó ciertos datos, y contestó enérgicamente al juez, que si le importaba conocer su plan, á él le importaba más callárselo, y que cumpliera mejor con su deber sin entrometerse en cosas que no le correspondían; y como un día el juez se negase á consignar en las declaraciones un hecho muy desfavorable á D. Carlos, Boet y el tuvieron un violentísimo altercado, estando á punto de llegar á las manos.

Estos fueron los primeros indicios de parcialidad carlista y quizá de corrupción que se observaron en la magistratura italiana sobre esta causa. Boet comprendió en seguida la gravedad de aquellos síntomas, y desde el primer momento vigiló á los curiales que intervenían en la causa y no se fió de nadie ni salió de una estricta reserva.

Conato de transacción

La publicación del *Manifesto* y la

altiva conducta de Boet en Roma causaron honda pena en los altos círculos clericales de Francia é Italia, y conociéndose la imprudencia de entablar una lucha de tal naturaleza con un hombre que poseía todos los secretos del partido reaccionario de Europa, se imaginó una transacción.

Encargáronse las negociaciones al prior de un convento de Roma, quien un día fué á la posada de Boet, y pidiéndole una entrevista, el visitado le contestó que estaba dispuesto á escucharle en seguida.

Entonces el fraile le manifestó con voz dulce y apesurada, invocando la religión y los intereses del partido legitimista europeo, cuánto habían sentido las personas juiciosas el rompimiento que había ocurrido; cuánto dañaba á la causa del orden y de la moralidad el escándalo que se estaba dando en presencia de los liberales; cuánto se regocijaban éstos de ver al que poco antes dirigía el partido carlista difamando y vilipendiando á D. Carlos; acabando por proponerle que aceptase una cantidad y se retirase á América, dejando suspenso todo lo referente á la causa del Toisón. Boet contestó que era tarde para entrar en negociaciones, porque ya no podían resolver la contienda sino los tribunales.

D. Carlos habla

Enviadas rogatorias á Francia para interrogar á D. Carlos en París, donde vivía, declaró ser falso cuanto Boet decía para justificarse, pues el robo era cierto en absoluto; sostuvo que Boet había cometido el delito, y lo apoyó con varios datos absurdos.

Añadió que Boet, al verse descubierta, se ocultó en casa del marqués de Alex, de modo que nadie sabía su paradero; que desde su escondite empezó á enviarle personas que pidieran perdón á D. Carlos y le devolvieran los diamantes; que se los devolvió en dos partidas, por haber empeñado los más valiosos en algunos miles de francos; y que no quería ocuparse en lo que Boet decía de la baronesa, por ser chismes indecentes.

Negó que jamás hubiese llamado *As de oros* al Toisón; rechazó lo de las contraseñas; sostuvo que tenía cuanto dinero necesitaba; declaró que nada debía á Boet, por cuanto éste no disfrutaba de sueldo; excusóse de no haberle hecho declarar al denunciar el robo á la policía; dijo que podía probar cuanto declaraba por medio de numerosos testigos, y presentó algunas cartas, telegramas y otros documentos, aunque en brevísimo número.

Boet en Milán

Las declaraciones de D. Carlos fueron enviadas á Milán, cuya Audiencia nombró juez instructor al clerical y absolutista Sr. Prampolini. Boet se había instalado en aquella ciudad, nombrando abogados suyos á los Sres. Guastala y Campi.

Después de tomarle el juez Prampolini nueva declaración, manifestó que, no hallando motivo para arrestarle, le dejaba en libertad de volverse á Bayona ó de ir á donde quisiera; pero Boet le contestó que consideraba indispensable su permanencia en Milán, y que no saldría de la ciudad hasta terminada la causa, aunque durara cincuenta años; que para no llamar la atención tomaría el nombre de Fuentes, y le dió las señas de su domicilio.

La llegada de Boet á Milán puso en movimiento á toda la prensa milanesa. El *Osservatore Cattolico*, clerical, y el *Corriere della Sera*, moderado, se pusieron en seguida de parte de D. Carlos: la masa de la prensa moderada fué neutral y esperó, y los diarios liberales parecieron inclinarse hacia Boet, aunque sin comprometerse en nada.

Durante algunos días hubo un gran alboroto periodístico, narrándose los sucesos con grandes inexactitudes de una y otra parte, cometidas con malicia evidente las de los diarios carlistas, y más por ignorancia que por mala fe las de los liberales. Mediaron algunas rectificaciones de parte de los abogados de Boet, y por fin el clamoreo bajó y cesó.

Estaba, pues, planteado el problema judicial: problema difícil, importante y de suma trascendencia. ¿Era D. Carlos un infame tan vil como decía Boet? ¿Era Boet un hombre tan degradado como decía D. Carlos? ¿Había el uno fingido un robo y acusado á un inocente, ó había el otro robado é inventado una calumnia para lavarse de aquel delito?

Se esperaban con gran curiosidad los debates públicos.

Prisión de Boet

Como ya he dicho, el juez Prampolini, después de tomar declaración á Boet, lo dejó en libertad por no hallar motivo para arrestarle; mas Boet no quiso dejar á Milán mientras durase el proceso.

La conducta del juez indica claramente que no había ni indicios de culpabilidad para el acusado. Siendo él legitimista, y estando influido por el clericalismo, se habría aprovechado de la más pequeña circunstancia para encarcelar á Boet.

Este comprendió desde luego con
(Continuará).